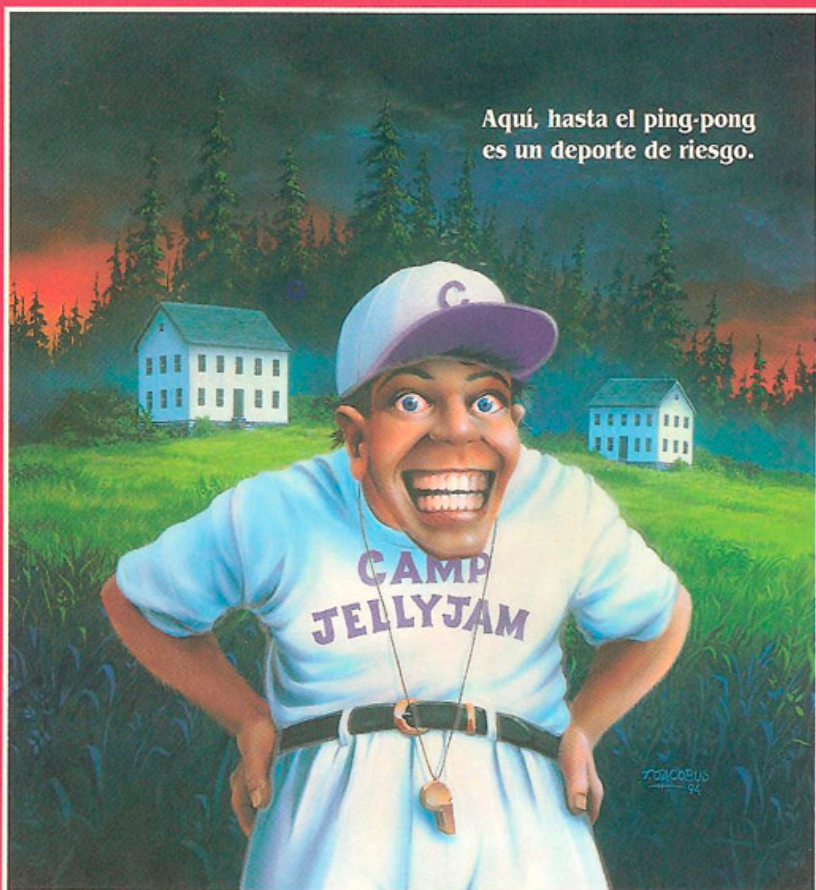


R.L. Stine

# Pesadillas

Horror en Jellyjam

Aquí, hasta el ping-pong  
es un deporte de riesgo.



se

Natación, baloncesto, atletismo... En el campo de King Jellyjam se pueden practicar casi todos los deportes. Aunque eso le importa poco a Wendy, que no es un as como su hermano Elliot. Pero sabe que un partido de béisbol puede resultar muy divertido. Al fin y al cabo es sólo un juego.

¡Pues no es sólo un juego!

Jellyjam no es un campo de deportes normal. Wendy está a punto de descubrir por qué. También está a punto de saber por qué los asesores parecen demasiado felices, por qué todos están demasiado obsesionados por ganar y por qué el suelo retumba cada noche...



R. L. Stine

# Horror en Jellyjam

Pesadillas — 24

ePub r1.1

javinintendero 27.08.14

Título original: *Goosebumps #33: The Horror at Camp Jellyjam*

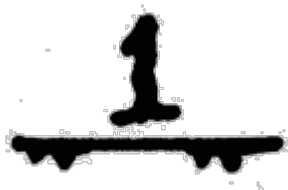
R. L. Stine, 1996

Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero

ePub base r1.1





Mi madre señaló muy emocionada por la ventana del coche.

—¡Mirad! ¡Una vaca!

Mi hermano Elliot y yo soltamos un gruñido. Llevábamos horas en el coche, atravesando campos, y mamá nos había señalado todas las vacas y caballos que veía.

—¡Mira por tu lado, Wendy! ¡Ovejas!

Miré por la ventana y vi una docena de ovejas grises, gordas y lanudas, que pastaban en una colina verde.

—Muy bonitas, mamá —contesté, poniendo los ojos en blanco.

—¡Ahí hay una vaca! —exclamó Elliot.

¡Sólo faltaba que empezara él también! Tendí la mano y le di una sacudida.

—Mamá, ¿es posible explotar de aburrimiento? —gemí.

—¡BUUUUUM! —gritó Elliot. Muy gracioso, el chaval.

—Te lo advertí —dijo mi padre a mi madre—. Una niña de doce años es demasiado mayor para aguantar un viaje largo en coche.

—¡Y un niño de once años también! —protestó Elliot.

Yo tengo doce años. Elliot, once.

—¿Cómo podéis aburriros? —preguntó mi madre—. ¡Mirad, caballos!

Mi padre aceleró para adelantar a un enorme camión amarillo. La carretera serpenteaba por las altas colinas. Muy a lo lejos se veían unas montañas grises que se alzaban entre una densa niebla.

—El paisaje es precioso —dijo mamá.

Después de un rato todo parecen fotos de un calendario viejo —

me quejé.

Elliot señaló por la ventanilla.

—¡Mirad! ¡No hay caballos! —Y se tronchó de risa. Se ve que le pareció el chiste más gracioso del mundo. La verdad es que Elliot se cree graciosísimo.

Mamá se volvió desde el asiento delantero y miró a mi hermano con los ojos entornados.

—¿Te estás burlando de mí?

—¡Sí! —contestó Elliot.

—Claro que no —tercié yo—. ¿Quién iba a querer burlarse de ti, mamá?

—¿Es que no os cansáis nunca?

—Estamos saliendo de Idaho —anunció mi padre—. Delante tenemos Wyoming. Pronto llegaremos a las montañas.

—¡A lo mejor vemos vacas de montaña! —exclamé sarcástica.

Elliot se echó a reír y mamá lanzó un suspiro.

—Muy bien. Ya veo que queréis echar a perder las primeras vacaciones familiares que tenemos en tres años.

Pasamos por encima de un bache y oímos brincar la caravana. Mi padre había enganchado al coche una de esas caravanas viejas y pasadas de moda. La habíamos arrastrado por todo el Oeste.

La verdad es que era bastante divertida. Tenía cuatro camas estrechas en los costados y una mesa donde nos sentábamos a comer o a jugar a las cartas. Hasta había una cocinita y todo.

Por las noches nos metíamos en campings y mi padre conectaba la caravana con la electricidad y el depósito de agua. Allí dormíamos todos, en nuestra casita particular.

Pasamos por otro bache y la caravana brincó de nuevo. El coche aceleró al comenzar a subir las montañas.

—Mamá, ¿cómo se sabe si uno se está mareando? —preguntó Elliot.

Mi madre nos miró ceñuda.

—Elliot, tú nunca te mareas —observó ella muy seria—. ¿Se te ha olvidado?

—Ah, es verdad. Era sólo por hacer algo.

—¡Elliot! —chilló mi madre—. ¡Si te aburres, duérmete!

—Eso es más aburrido todavía —masculló mi hermano.

Mi madre se puso roja de rabia. Mamá no se parece al resto de la familia. Es rubia, con ojos azules y una piel muy fina que se sonroja con mucha facilidad. Y también es algo rellenita, mientras que mi hermano, mi padre y yo somos delgados y bastante morenos. Los tres tenemos el pelo y los ojos castaños.

—Niños, no sabéis la suerte que tenéis —dijo mi padre—. Vais a ver unos paisajes increíbles.

—Bobby Harrison ha ido a un campamento de béisbol —gruñó Elliot—. ¡Y Jay Thurman se ha ido a vivir a un campamento durante ocho semanas!

—¡Yo también quería ir de campamento! —protesté.

—El año que viene —replicó cortante mi madre—. ¡Esto es una oportunidad única!

—¡Sí, pero aburridísima! —se quejó Elliot.

—Wendy, distrae a tu hermano —me dijo papá.

—¿Cómo? —chillé—. ¿Cómo voy a distraerlo?

—Vamos a jugar a la geografía —sugirió mamá.

—¡Oh, no! —gimió Elliot—. ¡Otra vez no!

—Venga, empiezo yo —dijo mi madre—. Atlanta.

Atlanta termina con A, así que yo tenía que pensar en una ciudad que empezara con A.

—Albany —dije—. Te toca, Elliot.

—Hmmm. Una ciudad que empiece por Y...

Se quedó pensando un momento y luego hizo una mueca.

—Me rindo.

Mi hermano tiene muy poco espíritu deportivo. Se toma los juegos demasiado en serio y no soporta perder. A veces pone tanta pasión cuando juega al fútbol que hasta me preocupa. Cuando ve que no puede ganar se rinde, como ahora.

—¿Y Youngstown? —dijo mi madre.

—¿Qué pasa con Youngstown? —gruñó Elliot.

—¡Tengo una idea! —exclamé—. ¿Por qué no nos dejáis ir un rato en la caravana?

—¡Sí! ¡Qué guay!

—No sé —replicó mi madre. Se volvió hacia mi padre—. Es ilegal ir en marcha dentro de la caravana, ¿no?

—Pues no lo sé. —Papá aminoró la velocidad. Estábamos

atravesando un denso bosque de pinos y el aire era fresco y dulce.

—¡Anda, déjanos! —suplicó Elliot—. ¡Anda!

—No creo que pase nada si les dejamos ir un rato —dijo mi padre—. Siempre que vayan con cuidado.

—¡Tendremos mucho cuidado! —les prometió Elliot.

—¿Estás seguro de que no es peligroso? —preguntó mi madre.

Papá asintió con la cabeza.

—¿Qué podría pasar?

Paró el coche en la cuneta y Elliot y yo nos metimos corriendo en la caravana. Un instante después el coche volvió a la carretera y nosotros salimos detrás dando brincos.

—¡Qué guay! —dijo Elliot, asomándose a la ventana trasera.

—Ha sido una buena idea, ¿eh? —presumí yo.

El me chocó los cinco.

Nos quedamos mirando por la ventana. Estábamos subiendo a las montañas, y la carretera se inclinaba hacia abajo. La caravana brincaba y se bamboleaba y la pendiente se inclinaba cada vez más y más.

Entonces comenzaron nuestros problemas.

## 2

—¡He ganado! —exclamó Elliot levantándose de un brinco con los dos puños en alto.

—¡A ver quién gana tres veces! —dije yo, frotándome la muñeca—. Venga, tres veces. ¿O es que eres un gallina?

Sabía que esa frase no fallaba. Elliot no soporta que le llamen gallina. Volvió a sentarse.

Nos inclinamos sobre la estrecha mesa y nos dimos la mano. Llevábamos diez minutos echando pulsos. Era bastante divertido porque la mesa brincaba cada vez que la caravana pasaba por un bache.

Yo tengo tanta fuerza como Elliot, pero él pone más empeño. Mucho más. ¡No he visto a nadie que gruña, sude y se esfuerce tanto en un pulso! Para mí un juego no es más que un juego. Pero para Elliot, es una cuestión de vida o muerte.

Echábamos competiciones de dos pulsos, y él me había ganado cinco veces. Yo tenía la muñeca hinchada y me dolía la mano, pero estaba empeñada en ganarle la última tanda.

Me incliné sobre la mesa y le estrujé con fuerza la mano, apreté los dientes y miré con gesto amenazador sus ojos oscuros.

—¡Ya! —exclamó él.

Los dos empezamos a hacer fuerza. La mano de Elliot retrocedía. Empujé más. Ya casi era mío. Sólo un poco más... El soltó un gruñido y se defendió. Se le puso la cara como un tomate. Se le hinchaban todas las venas del cuello.

Mi hermano no soporta perder.

¡PLAF!

El dorso de mi mano golpeó con fuerza la mesa. Elliot había ganado otra vez. Bueno, la verdad es que le dejé ganar. No quería que le explotara la cabeza por un estúpido pulso.

Mi hermano se levantó de un brinco agitando los puños y lanzando vítores.

—¡Ah! —gritó. La caravana había dado una sacudida, arrojándolo contra la pared.

Sentí otra sacudida y me agarré a la mesa para no caerme.

—¿Qué pasa?

—Hemos cambiado de sentido. Ahora vamos hacia abajo —dijo Elliot. Intentó volver a la mesa, pero cogimos un bache y se cayó al suelo—. ¡Eh! ¡Vamos marcha atrás!

—Seguro que está conduciendo mamá. —Me agarré a la mesa con las dos manos.

Mamá conduce siempre como una loca, y si le adviertes que va a más de ciento veinte por hora, siempre dice: «No puede ser. ¡Pero si parece que vamos a cincuenta!»

La caravana brincaba y se bamboleaba cuesta abajo. Elliot y yo brincábamos y nos bamboleábamos con ella.

—¿Pero qué pasa? —gritó Elliot, agarrándose a una de las camas en sus esfuerzos por mantener el equilibrio—. ¿Estamos retrocediendo? ¿Por qué vamos hacia atrás?

La caravana iba disparada cuesta abajo. Me levanté y conseguí llegar a trompicones a la parte delantera. Aparté la cortina de cuadros de la ventana y me asomé.

—Elliot... —balbucí—. Estamos en un apuro.

—¿Eh? ¿Qué apuro? —La caravana aceleraba cada vez más.

—No conduce ni mamá ni papá —dije—. El coche no está.

# 3

Elliot puso cara de desconcierto. No me había entendido. ¡O tal vez no me creía!

—¡La caravana se ha soltado! —chillé—. ¡Nos caemos por la montaña!

—¡N-n-n-no! —No es que Elliot tartamudeara, sino que dábamos tales brincos y sacudidas que apenas podía hablar. Sus pies golpeaban el suelo de tal forma que parecía estar bailando claqué.

—¡Ay! —grité al darme un cabezazo contra el techo.

Volvimos a la parte trasera. Me aferré a la repisa de la ventana y me esforcé por ver adonde nos dirigíamos. La carretera serpenteaba hacia abajo en medio de un denso bosque de pinos. Los árboles pasaban brincando tan deprisa que no eran más que un borrón marrón y verde.

Íbamos acelerando cada vez más y más. Las ruedas rugían bajo el suelo de la caravana y ésta se precipitaba en picado dando tumbos.

Me caí al suelo y me di un golpe en las rodillas.

Intenté levantarme, pero con tanto traqueteo volví a caer de bruces. Me puse entonces de rodillas y vi que Elliot rebotaba por el suelo como una pelota. Volví a la parte trasera y miré por la ventana.

La carretera trazaba una curva muy cerrada. ¡Pero nosotros no la seguimos! Nos salimos de la carretera bruscamente y nos metimos entre los árboles.

—¡Elliot! —chillé—. ¡Nos vamos a estrellar!

# 4

Cada vez dábamos más tumbos. Oí un fuerte crujido. «¡Se va a partir por la mitad!», pensé. Me agarré con las dos manos y miré por la ventana delantera. Los oscuros árboles pasaban como una exhalación. Un fuerte bache me tiró al suelo.

—¡Wendy! ¡Wendy! ¡Wendy!—me llamó Elliot. Cerré los ojos y tensé todos los músculos, esperando el choque.

Y esperé y esperé...

Silencio.

Cuando abrí los ojos tardé un momento en darme cuenta de que ya no nos movíamos. Respiré hondo y me levanté.

—¿Wendy? —oí el débil gemido de Elliot en el otro extremo de la caravana.

Me di la vuelta con las piernas temblorosas. Tenía todo el cuerpo muy raro, como si todavía estuviéramos dando tumbos.

—Elliot, ¿estás bien?

Se había caído en una litera.

—Creo que sí. —Puso los pies en el suelo y meneó la cabeza—. Estoy un poco mareado.

—Yo también. ¡Menudo viaje!

—¡Mejor que la montaña rusa! ¡Vámonos de aquí!

Fuimos a la puerta que había en la parte delantera. Estábamos en pendiente y la caravana se inclinaba. Cogí el pomo de la puerta y en ese momento oí que llamaban con un golpe y retrocedí sobresaltada.

—¡Eh! —grité.

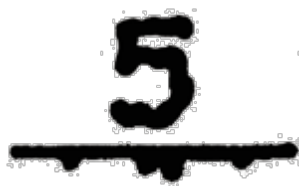
Llamaron tres veces más.

—¡Son mamá y papá! —exclamó Elliot—. ¡Nos han encontrado!  
¡Abre, corre!

Me dio un brinco el corazón. ¡Qué alegría!

Giré el pomo, abrí la puerta...

...y me quedé sin aliento.



Tenía delante a un hombre rubio. Sus ojos azules chispeaban bajo el fuerte sol. Iba todo vestido de blanco, con una camiseta blanquísima y unos pantalones cortos y amplios. En la camiseta llevaba una chapa que rezaba SÓLO LOS MEJORES, con gruesas letras negras.

—Ah... hola —logré decir por fin.

El me dedicó una radiante sonrisa. Parecía tener dos mil dientes.

—¿Estáis todos bien? —preguntó. Sus ojos azules chispearon todavía más.

—Sí —contesté—. Estamos un poco molidos, pero...

—¿Quién eres? —preguntó Elliot asomando la cabeza.

La sonrisa del desconocido no se desvaneció. —Me llamo Buddy.

—Yo soy Wendy y él Elliot. Creíamos que eran nuestros padres los que llamaban —expliqué, saliendo de la caravana.

Elliot vino detrás de mí.

—¿Dónde están mamá y papá? —preguntó con el ceño fruncido.

—Yo no he visto a nadie, chico —dijo Buddy, mirando la caravana—. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha soltado?

Asentí con la cabeza mientras me apartaba el pelo de la cara.

—Sí, en la montaña.

—Muy peligroso. Qué miedo habréis pasado.

—¡Yo no! —declaró Elliot.

Hay que ver cómo es. Estaba aterrorizado, gritando mi nombre como un loco, y ahora se hacía el valiente.

—¡Pues yo no había pasado tanto miedo en mi vida! —confesé.

Me aparté de la caravana y miré el bosque. Los árboles oscilaban y emitían sonidos movidos por la suave brisa. La luz del sol era cegadora. Me protegí los ojos con la mano.

No había ni rastro de mis padres. Los árboles me tapaban la carretera. Se veían las huellas que nuestras ruedas habían dejado en la tierra blanda.

Habíamos tenido la suerte de caer por un camino entre los árboles y la caravana se había detenido al pie de una pronunciada pendiente.

—¡Uf! ¡Qué suerte hemos tenido!

—Sí, mucha —dijo alegremente Buddy. Se me acercó y me puso las manos en los hombros para que me diera la vuelta—. ¡Mira dónde habéis ido a aterrizar!

Colina arriba, entre los árboles, había un amplio claro, donde se veía un enorme cartel rojo y blanco entre dos postes. Tuve que entornar los ojos para leer lo que ponía.

Elliot se me adelantó:

—«Campamento deportivo Rey Jellyjam.»

—El campamento está al otro lado de la colina —nos indicó Buddy con su amistosa sonrisa—. ¡Venga, venid!

—Pero... pero... —balbució mi hermano—. ¡Tenemos que buscar a nuestros padres!

—No te preocupes, chaval. Los esperaréis en el campamento.

—¿Pero cómo nos van a encontrar? —protesté—. ¿No deberíamos dejarles una nota?

Buddy me dedicó otra radiante sonrisa.

—No, ya me encargo yo de todo. No os preocupéis.

Empezó a subir la pendiente. La camiseta y los pantalones blancos relumbraban bajo el sol. Advertí que sus calcetines también eran de un blanco cegador.

«Es un uniforme —deduje—. Debe de trabajar en el campamento.»

Buddy se volvió.

—¿Qué? ¿No venís? —Nos hizo señas con las dos manos—. Venga. ¡Os va a gustar!

Elliot y yo nos apresuramos a alcanzarle. Me temblaban las piernas al correr. Todavía notaba los tumbos y balanceos de la

caravana y me pregunté si volvería a sentirme normal alguna vez.

Al subir por la verde colina, el cartel blanco y rojo apareció a la vista. «Campamento deportivo Rey Jellyjam», leí en voz alta. Había también un dibujo muy gracioso. Era un personaje que parecía un pegote de chicle morado y mostraba una enorme sonrisa. En la cabeza llevaba una corona de oro.

—¿Quién es? —le pregunté a Buddy.

El miró el cartel.

—El rey Jellyjam. Nuestra mascota.

—Pues vaya mascota más rara para un campamento deportivo —observé, mirando el emplasto morado.

Buddy no dijo nada.

—¿Trabajas en el campamento? —preguntó Elliot.

Buddy asintió.

—Es un sitio genial para trabajar. Soy el monitor jefe, chicos, así que, ¡bienvenidos!

—Pero no podemos ir a tu campamento —dije—. Tenemos que buscar a nuestros padres. Tenemos que...

Buddy nos puso a cada uno una mano en el hombro y nos guió colina arriba.

—Os habéis salvado por un pelo. Quedaos y pasad un buen rato. Disfrutad del campamento. Yo me encargo de buscar a vuestros padres.

En cuanto nos acercamos a la cima de la colina oí voces de niños, gritos y risas. El claro se estrechaba, invadido por altos pinos, abedules y arces.

—¿Qué clase de campamento es éste? —preguntó Elliot.

—Practicamos todo tipo de deportes —contestó Buddy—. Desde el pimpón al fútbol o el croquet. Nadamos, jugamos al tenis, tiramos con arco. ¡Hay hasta campeonatos de canicas!

—¡Parece guay! —declaró mi hermano sonriéndome.

—¡Sólo los mejores! —dijo Buddy, dándole una palmada en el hombro.

Yo llegué la primera a la cima de la colina, y miré hacia abajo, a través de los árboles. ¡El campamento parecía abarcar kilómetros y kilómetros! Había dos edificios blancos de dos pisos, uno a cada lado. Entre ellos se veían varios campos de deporte, un diamante de

béisbol, una hilera de pistas de tenis y dos enormes piscinas.

—Los edificios blancos son los dormitorios —me explicó Buddy—. Ése es el de las chicas, y aquél el de los chicos. Allí dormiréis.

—¡Guau! ¡Es increíble! —exclamó Elliot—. ¡Dos piscinas!

—De tamaño olímpico —puntualizó Buddy—.

También se celebran competiciones de saltos. ¿Tú saltas?

—Sólo dentro de la caravana —bromeé.

—Wendy practica la natación —dijo Elliot a Buddy.

—Creo que esta tarde hay una carrera de cuatro vueltas. Ya te miraré el horario.

El sol caía de pleno sobre nosotros mientras bajábamos la colina. Empezaba a picarme el cuello y la verdad es que lo del baño en la piscina me apetecía mucho.

—¿Se puede apuntar uno al baloncesto? —preguntó Elliot—. ¿Tenéis equipo o algo así?

—Puedes practicar el deporte que quieras. La única regla en el campamento deportivo Rey Jellyjam es esforzarse al máximo. —Buddy se tocó la chapa que llevaba en la camiseta—. Sólo los mejores —dijo.

La brisa me empujaba el pelo a la cara. ¡Sabía que me lo tenía que cortar antes de las vacaciones! Decidí que buscaría algo para hacerme una coleta en cuanto entrara en los dormitorios.

En el campo más cercano estaban jugando un partido de fútbol. Se oían silbidos y gritos de los chicos. Al fondo del campo vi una hilera de dianas.

Buddy echó a correr hacia allí. Elliot se me acercó.

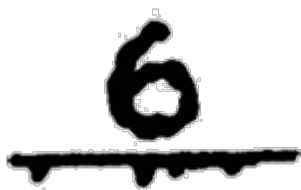
—Oye, ¿no queríamos ir a un campamento? ¡Pues ya estamos! —dijo con una sonrisa. Y antes de que yo pudiera añadir algo, salió corriendo detrás de Buddy.

Volví a quitarme el pelo de la cara y fui tras ellos, pero me detuve al ver que una niña asomaba la cabeza detrás del ancho tronco de un árbol. Debía de tener unos seis o siete años. Era pelirroja y con la cara llena de pecas, y llevaba una camiseta azul marino y unos pantalones negros.

—¡Eh! —susurró—. ¡Eh!

Me volví sobresaltada hacia ella.

—¡No entres! —me dijo—. ¡Huye! ¡No entres!



Buddy se volvió rápidamente.

—¿Qué pasa, Wendy?

Cuando volví a mirar el árbol, la niña pelirroja había desaparecido. Parpadeé un par de veces. No se veía ni rastro de ella.

«¿Qué hará ahí esa niña? —me pregunté—. ¿Se dedica a esconderse detrás de los árboles para asustar a la gente?»

—No, no pasa nada —le dije a Buddy. Entré en el campamento detrás de él.

Me olvidé de la niña rápidamente al pasar junto al campo de fútbol y las pistas de tenis. Los *poc poc* de las pelotas de tenis nos siguieron mientras enfilábamos el camino principal que atravesaba el campamento.

¡Había tantos deportes! ¡Tanta actividad!

Nos cruzamos con chicos de todas las edades que corrían ansiosos hacia las piscinas, el campo de béisbol, las boleras.

—¡Increíble! —repetía Elliot todo el rato—. ¡Increíble!

Por una vez, tenía razón.

Nos cruzamos con otros monitores. Todos eran hombres y mujeres jóvenes, vestidos completamente de blanco, todos de aspecto estupendo, alegres y sonrientes.

Vimos un montón de señales triangulares donde aparecía la morada cara de engrudo del rey Jellyjam, sonriendo bajo su corona dorada. Debajo de la cara había siempre el mismo lema: Sólo los mejores.

«Es bastante mono», pensé, y me di cuenta de que todo en aquel

sorprendente campamento me gustaba. Incluso tengo que confesar que deseé en secreto que mis padres no nos encontraran al menos en un par de días. ¿No es terrible? La verdad es que me sentí bastante culpable, pero no podía evitar pensarlo. El campamento era genial, sobre todo después de habernos pasado varios días metidos en el coche y viendo vacas.

Dejamos a mi hermano en los dormitorios de los chicos. Otro monitor, un joven alto de pelo oscuro llamado Scooter, le dio la bienvenida y se lo llevó dentro.

Luego Buddy me llevó al edificio de las chicas, al otro lado del campamento. Pasamos junto a una competición de gimnasia que se llevaba a cabo al aire libre. Más allá se veía una piscina abarrotada de niños que asistían a una prueba de saltos de trampolín.

Buddy y yo íbamos charlando. Le hablé de mi colegio y le dije que mis deportes favoritos eran la natación y el ciclismo. Por fin nos detuvimos en la entrada del edificio blanco.

—¿Y tú de dónde eres? —le pregunté.

Buddy me miró con expresión desconcertada. Por un momento pensé que no me había entendido.

—¿Eres de por aquí? —dije.

El tragó saliva y entornó los ojos.

—Qué raro —murmuró finalmente.

—¿El qué?

—No... no me acuerdo —balbució—. No recuerdo de dónde soy. Es raro, ¿no? —Se llevó la mano a la boca y se mordió el índice.

—Oye, a mí también se me olvidan siempre las cosas —le tranquilicé, al ver lo preocupado que estaba.

Pero no pude decir más. Una monitora de pelo corto y muy negro y los labios pintados de malva se acercó corriendo.

—Hola. Soy Holly. ¿Estás lista para practicar deportes?

—Supongo —contesté insegura.

—Ésta es Wendy —me presentó Buddy, todavía con cara de preocupación—. Necesita una cama.

—No hay problema —declaró Holly alegremente—. ¡Sólo los mejores!

—Sólo los mejores —repitió Buddy en voz baja. Me dedicó una fugaz sonrisa, pero vi que todavía intentaba recordar dónde estaba

su casa. Muy raro, ¿no?

Holly me llevó a los dormitorios. Yo la seguí por un largo y blanco pasillo. Varias chicas pasaron corriendo en dirección a distintos campos de juegos. Todas chillaban y reían muy exaltadas.

Yo asomaba la cabeza en las habitaciones. «¡Vaya! —pensé—. ¡Esto es de lo más moderno y lujoso! No se parece a los rústicos campamentos de verano.»

—No estamos mucho tiempo aquí dentro —me dijo Holly—. Todo el mundo está siempre fuera, compitiendo.

Abrió una puerta blanca y me indicó con un gesto que pasara. Un sol espléndido entraba por la ventana en la pared opuesta e inundaba la habitación. Había un par de literas azules en cada pared, con un tocador blanco y reluciente entre ellas, y dos butacas de cuero blanco.

Las paredes también eran blancas y estaban desnudas, excepto por un pequeño dibujo enmarcado del rey Jellyjam encima del tocador.

—Qué habitación más bonita —dije, entornando los ojos para protegerlos de la intensa luz del sol.

Holly sonrió. Sus brillantes labios malva eclipsaban todos sus otros rasgos.

—Me alegro de que te guste, Wendy. Puedes coger aquella litera, la de abajo —señaló. Tenía las uñas malva igual que los labios.

—¿Tendré compañeras? —pregunté.

—Sí, pronto las conocerás. Te iniciarán en algunas actividades. No estoy segura, pero creo que ahora están jugando al fútbol en el último campo.

Ya se disponía a salir de la habitación, cuando en el umbral se dio la vuelta.

—Te gustará Dierdre. Creo que tiene tu edad.

—Gracias —dije, mirando en torno a la habitación.

—Nos vemos luego. —Holly desapareció en el pasillo.

Me quedé en el centro de la soleada habitación, pensando. «¿Qué me voy a poner, si no tengo ropa, ni bañador, ni jersey?» Lo único que llevaba eran unos pantalones téjanos muy cortos y una camiseta de rayas rosas y azules.

¿Y por qué no me había dicho Holly qué tenía que hacer a

continuación? ¿Por qué me había dejado sola en una habitación desierta?

Pero no tuve mucho tiempo para hacerme preguntas. Me iba a acercar a la ventana cuando oí voces. Eran unos susurros al otro lado de la puerta. Me volví hacia allí. ¿Serían mis compañeras de cuarto? Me puse a escuchar el exaltado zumbido de los murmullos, y entonces oí que una chica decía en voz alta:

—Vamos, está atrapada ahí dentro. ¡A por ella!

# 7

Miré a mi alrededor, buscando frenéticamente un sitio donde poder esconderme. Pero no tuve tiempo.

Tres chicas irrumpieron en la habitación, con los ojos entornados y las bocas torcidas en muecas amenazadoras. Formaron una línea y se me acercaron rápidamente.

—¡Eh! ¡Esperad! —grité, levantando las manos para defenderme del ataque.

Una chica alta, con el pelo a mechas rubias, fue la primera en echarse a reír. Las otras dos se le unieron.

—Has picado —dijo la rubia, echándose el pelo atrás con gesto triunfal.

Yo la miré ceñuda, con la boca abierta.

—¿De verdad creías que te íbamos a atacar? —preguntó una de las otras. Era flaca y nervuda y llevaba el pelo negro muy corto y con flequillo.

Vestía pantalones de chándal grises y una ajada camiseta gris.

—Bueno... —comencé, notando que me ponía colorada. Era verdad, me habían engañado. Me sentí una idiota.

—A mí no me mires —dijo la tercera chica, meneando la cabeza. El pelo, rubio y rizado, se le salía de una gorra roja y azul de los Cubs de Chicago—. Ha sido idea de Dierdre —señaló a la chica de las mechas rubias.

—No te enfades —me dijo Dierdre con una sonrisa. Sus ojos verdes llameaban—. Eres la tercera esta semana.

Las otras dos soltaron una risita.

—¿Y las otras también creyeron que las ibais a atacar? — pregunté.

Dierdre asintió con la cabeza, muy ufana.

—Ya sé que es una broma pesada —admitió—. Pero tiene gracia. Esta vez yo también me eché a reír.

—Tengo un hermano pequeño y estoy acostumbrada a las bromas pesadas —dije.

Dierdre se echó el pelo atrás. Se puso a revolver en el primer cajón del tocador y encontró un pasador para recogerse.

—Estas son Jan e Ivy —me presentó a las otras chicas.

Jan, que era la del flequillo, se dejó caer en una litera.

—Estoy molida —suspiró—. Menudo entrenamiento. Estoy sudando como un cerdo.

—¿Has oído hablar del desodorante? —rió Ivy.

Jan le sacó la lengua.

—Cambiaos —les dijo Dierdre—. Sólo nos quedan diez minutos.

—¿Diez minutos para qué? —preguntó Jan, frotándose las pantorrillas.

—¿Se os ha olvidado la carrera de natación?

—¡Madre mía! —exclamó Jan, levantándose de un salto—. ¡Es verdad! —Se acercó corriendo al tocador—. ¿Dónde está mi bañador?

Ivy y ella empezaron a rebuscar frenéticamente en los cajones. Dierdre se volvió hacia mí.

—¿Quieres participar?

—No tengo bañador —contesté.

Ella se encogió de hombros.

—No hay problema. Yo tengo un montón. —Se me quedó mirando—. Debemos de tener la misma talla, sólo que yo soy un poco más alta.

—Me encantaría darme un baño —dije—. Iré a la piscina y nadaré un rato.

—¿Cómo? ¿No vas a competir? —exclamó Dierdre.

Las tres se volvieron hacia mí perplejas.

—Ya practicaré deporte después. Ahora lo único que quiero es darme un baño para refrescarme.

—¡Pero no puede ser! —dijo Jan, mirándome como si fuera un

monstruo de dos cabezas.

—De ninguna manera —añadió Ivy, moviendo la cabeza.

—Tienes que competir —declaró Dierdre—. No puedes darte un baño sin más.

—Sólo los mejores —recitó Ivy.

—Exacto. Sólo los mejores —repitió Jan.

Yo no entendía nada en absoluto.

—¿Qué queréis decir? ¿Por qué repetís eso todo el tiempo?

Dierdre me tiró un bañador azul.

—Póntelo. Llegamos tarde.

—Pero... pero...

Las tres chicas corrieron a ponerse los bañadores. Viendo que no me quedaba más remedio, yo también fui a cambiarme al cuarto de baño. Pero las preguntas seguían dándome vueltas en la cabeza. Quería respuestas.

¿Por qué tenía que competir en la carrera? ¿Por qué no podía darme un baño, simplemente? ¿Y por qué todo el mundo repetía sin cesar «sólo los mejores»?

¿A qué se referían?



La enorme piscina azul resplandecía bajo el sol. El cemento me quemaba los pies desnudos. Estaba deseando meterme en el agua.

Me protegí los ojos con una mano y busqué con la mirada a Elliot, pero no lo distinguí entre la multitud de chicos que se había reunido para ver la competición. «Seguro que ya ha practicado más de tres deportes», me dije. Aquél era el campamento perfecto para mi hermano.

Miré la hilera de chicas que esperaban para competir en la carrera. Estábamos todas al borde de la piscina, por el lado más profundo, esperando para tirarnos al agua.

Las conté en silencio.

Participábamos por lo menos dos docenas de chicas, y la piscina era tan ancha que cada una tendría un carril.

—Oye, mi bañador te queda estupendo —dijo Dierdre—. Te deberías haber recogido el pelo, Wendy. Te va a retrasar.

«Vaya —pensé—. Sí que se lo toma en serio.»

—¿Eres buena nadando? —pregunté.

Ella espantó una mosca que tenía en la pierna.

—La mejor —dijo con una sonrisa—. ¿Y tú?

—La verdad es que nunca he competido.

Las monitoras de la piscina eran todas jóvenes y llevaban biquinis blancos. Holly estaba sentada en el trampolín, hablando con otra monitora. Una joven alta y pelirroja se acercó al borde de la piscina y tocó el silbato.

—¿Listas? —preguntó.

Todas respondimos que sí a gritos. Luego nos quedamos en silencio y nos inclinamos, listas para zambullirnos. El agua relumbraba a mis pies. El sol me quemaba la espalda y los hombros. Estaba a punto de derretirme. No podía esperar más.

De pronto sonó el silbato. Di un salto y caí al agua. Me quedé sin aliento con el choque del agua fría en la piel caliente. Empecé a nadar con fuerza.

El salpicar de brazos y piernas parecía el rugido de una cascada. Hundí la cara en el agua, sintiendo su frescura. Al volver la cabeza vi a Dierdre unos cuerpos detrás de mí. Nadaba con ritmo regular, moviendo con suavidad y elegancia brazos y piernas.

«Voy la primera —advertí, mirando en torno a la piscina—. ¡Estoy ganando!»

Llegué al otro extremo de la piscina, giré rápidamente y me impulsé con los pies. Mientras yo iba de nuevo hacia la parte honda, las otras chicas todavía intentaban terminar el primer largo.

Nadé con más fuerza. El corazón comenzó a martillearme. Sabía que ganaría la primera vuelta con facilidad, pero todavía quedaban tres.

Tres vueltas...

De pronto me di cuenta de lo tonta que había sido. Las otras chicas guardaban sus reservas para el final. No nadaban a toda velocidad porque sabían que era una carrera de cuatro vueltas. ¡Si yo seguía esforzándome tanto, no aguantaría ni dos!

Respiré hondo y solté el aire despacio.

Despacio... despacio...

Ésa fue la palabra clave. Empecé a mover los brazos y las piernas más despacio, respirando hondo, sin prisa. Al girar para comenzar la segunda vuelta, varias nadadoras estaban ya a mi altura. Dierdre pasó junto a mí sin romper su ritmo. Brazada, brazada, respirar, brazada.

Al otro lado de Dierdre nadaba Jan, cómodamente, con facilidad. Era tan pequeña y ligera que parecía deslizarse encima del agua.

Al llegar a la tercera vuelta estaba unos cuerpos por detrás de Dierdre. Tenía que concentrarme en mantener un ritmo lento y regular. Imaginé que era un robot programado para nadar despacio.

Dierdre entró en la cuarta vuelta pocos segundos por delante de mí. Vi que su expresión cambiaba al girar. Entornó los ojos y todo su rostro se tensó.

Era evidente que deseaba con toda su alma ganar.

Me pregunté si sería capaz de alcanzarla, si sería capaz de vencerla. Giré yo también y aumenté la velocidad sin hacer caso del dolor de mis brazos ni del calambre del pie izquierdo. Me lancé hacia delante, moviendo los pies con fuerza y hendiendo el agua con los brazos.

Cada vez más deprisa.

Al adelantar a Jan vi su expresión de desilusión. El movimiento de brazos y piernas convertía el agua en espuma. El fuerte sonido del chapoteo casi ahogaba los vítores de los chicos que nos miraban desde el borde de la piscina.

El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que iba a explotarme en el pecho. Me dolían los brazos y me parecía que pesaban una tonelada.

Cada vez más deprisa...

Me acercaba a Dierdre. Tan cerca estaba que oía sus roncadas respiraciones. Vi su cara, tensa de concentración. «Es igual que Elliot —pensé—. Desea ganar con toda su alma.»

Muchas veces dejo que Elliot me gane en los juegos, porque a él le importa mucho más que a mí. Lo mismo le pasaba a Dierdre. Al acercarnos al extremo más hondo de la piscina, dejé que Dierdre entrara primero. Vi lo importante que era eso para ella, vi lo desesperada que estaba por ganar. «Qué demonios —pensé—. No pasa nada si llego la segunda.»

Oí los vítores cuando Dierdre ganó la carrera. Yo toqué la pared y luego me sumergí. Volví a salir a la superficie y me agarré al borde de la piscina.

Me dolía y me palpitaba todo el cuerpo. No dejaba de jadear. Cerré los ojos y me eché atrás el pelo con las dos manos para escurrir el agua. Tenía los brazos tan cansados que apenas podía salir de la piscina. Fui una de las últimas en salir.

Las otras habían formado un círculo en torno a Dierdre. Me abrí paso entre la multitud de chicas para ver qué pasaba. Me ardían los ojos. Al enjugarme el agua vi que el monitor pelirrojo le daba algo a

Dierdre, algo brillante y dorado.

Todas estallaron en vítores. Luego el círculo se rompió y las chicas se marcharon en distintas direcciones. Yo me acerqué a Dierdre.

—¡Muy bien! —la felicité—. He estado cerca, pero tú eres muy rápida.

—Estoy en el equipo de natación del colegio —contestó ella, alzando el objeto dorado que le había dado el monitor.

Era una moneda de oro con un sonriente rey Jellyjam grabado. No conseguí leer las palabras inscritas al borde, pero me imaginé lo que ponía.

—¡Es mi quinta Moneda Real! —declaró Dierdre con orgullo.

«¿Por qué está tan emocionada?», me pregunté. No era una moneda auténtica. ¡Probablemente no era ni siquiera de oro!

—¿Qué es una Moneda Real?

—Si gano una más podré participar en el Desfile de los Vencedores —me explicó Dierdre.

Justo cuando yo iba a preguntar qué era el Desfile de los Vencedores, Jan e Ivy se acercaron corriendo a felicitarla, y las tres se pusieron a hablar a la vez.

De pronto me acordé de mi hermano. «¿Dónde estará Elliot? —me pregunté—. ¿Qué estará haciendo?»

Me aparté de las chicas para dirigirme a la salida de la piscina, pero sólo había dado unos cuantos pasos cuando oí que alguien me llamaba.

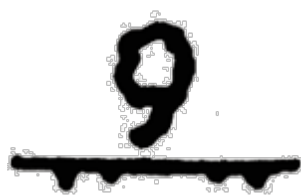
Al darme la vuelta vi que Holly se acercaba corriendo con una expresión inquieta en sus labios pintados de malva.

—Wendy, más vale que vengas conmigo.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Me temo que hay un problema.



«¡Algo les ha pasado a mamá y papá!»

Eso fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Qué sucede? —exclamé—. ¡Mis padres! ¿Están bien? ¿Están...?

—Todavía no hemos encontrado a tus padres —dijo Holly, echándome una toalla sobre los hombros temblorosos. Luego me llevó a un banco a un lado de la piscina.

—¿Es Elliot? —dije, sentándome a su lado—. ¿Qué pasa?

Holly me rodeó los hombros con el brazo y se inclinó sobre mí mirándome a los ojos.

—Wendy, el problema es que realmente no te has esforzado para ganar la carrera.

Tragué saliva.

—¿Cómo dices?

—Te he estado observando —prosiguió ella—. Vi que aminorabas el ritmo en el último largo. No creo que hicieras todo lo posible por ganar.

—Pero... pero...

Holly seguía mirándome sin pestañear.

—¿Me equivoco?

—No... no estoy acostumbrada a nadar tanta distancia —balbucí—. Ha sido mi primera carrera. No creo que...

—Ya sé que eres nueva aquí. —Holly me espantó una mosca de la pierna—. Pero conoces el lema del campamento, ¿no?

—Claro —contesté—. ¡Está por todas partes! ¿Pero qué significa

«sólo los mejores»?

—Supongo que es una especie de advertencia —dijo Holly pensativa—. Por eso he querido hablar ahora contigo, Wendy.

—¿Una advertencia? —exclamé, más desconcertada que nunca—. ¿Una advertencia de qué?

Holly no contestó. Se levantó con una sonrisa forzada.

—Nos vemos luego, ¿vale?

Dio media vuelta y se marchó a toda prisa.

Me envolví los hombros en la toalla y fui al dormitorio a cambiarme. Al pasar junto a las pistas de tenis pensé en las palabras de Holly.

¿Por qué era tan importante que ganara la carrera? ¿Para que me dieran una de esas monedas doradas con el rey morado? ¿Qué interés tenían para mí esas monedas? ¿Por qué no podía limitarme a jugar, hacer nuevos amigos y divertirme?

¿Por qué había dicho Holly que me estaba dando una advertencia? ¿Qué me estaba advirtiéndome?

Moví la cabeza, intentando sacudirme todas aquellas desconcertantes preguntas. Algunos de mis amigos me habían hablado de los campamentos deportivos. Decían que los había verdaderamente duros. Los chicos se lo tomaban todo muy en serio y sólo querían ganar, ganar y ganar.

Supuse que aquél era uno de esos campamentos.

«En fin —pensé, suspirando—. No tengo por qué quedarme si no me gusta. Mamá y papá vendrán pronto a por nosotros.»

En ese momento alcé la vista y vi a Elliot. Estaba tirado boca abajo en el suelo, con los brazos y las piernas abiertos en extraña postura. Los ojos cerrados.

Estaba inconsciente.

# 10

—¡Oooh! —gemí asustada—. ¡Elliot! ¡Elliot!

Me dejé caer a su lado. Entonces él se incorporó sonriendo.

—¿Cuántas veces te vas a tragar la misma broma? —dijo, echándose a reír.

Yo le di un golpe en el hombro con todas mis fuerzas.

—¡Idiota!

Pero eso todavía le hizo más gracia. Siempre se muere de risa cuando me deja en ridículo. ¿Por qué siempre pico con la misma bromita? Elliot me la ha gastado mil veces, y yo siempre me creo que está inconsciente.

—¡No te voy a volver a creer nunca! ¡Nunca! —grité.

Elliot se levantó.

—Ven a verme jugar al pimpón —dijo, tirándome de la mano—. Estoy en el torneo y voy a ganar a Jeff. Él se cree muy bueno porque sabe sacar con efecto. Pero la verdad es que da pena.

—No puedo. Estoy empapada y tengo que cambiarme.

—Ven a verme —insistió él—. No tardarás mucho. Le ganaré muy deprisa, ¿vale?

—Elliot... —La verdad es que estaba nerviosísimo.

—Si gano a Jeff conseguiré una Moneda Real —anunció—. Luego ganaré otras cinco. Quiero tener seis para poder participar en el Desfile de los Vencedores antes de que mamá y papá vengan a por nosotros.

—Buena suerte —mascullé, frotándome el pelo mojado con la toalla.

—¿Has participado en una carrera de natación? ¿Has ganado? — preguntó Elliot, tirándome otra vez de la mano.

—No, llegué en segundo lugar.

Elliot soltó una risita.

—Eres una perdedora. Ven a ver cómo le gano a ese chico.

Puse los ojos en blanco.

—Vale, vale.

Elliot me llevó hasta una hilera de mesas de pimpón al aire libre. Estaban protegidas del sol por un amplio toldo de lona blanca. Mi hermano se acercó corriendo a la última mesa, haciendo botar suavemente una pelota con su paleta.

Yo me había imaginado que Jeff sería un niño pequeño, un renacuajo al que Elliot derrotaría fácilmente. Pero se trataba de un chico grandullón y rubio, con la cara colorada y músculos desarrollados. ¡Era el doble de grande que mi hermano!

Me senté en un banco de madera blanca.

«Elliot no puede vencer a ese chicarrón —pensé—. ¡Pobre! ¡Le van a dar una paliza!»

Cuando comenzaron a jugar, Buddy vino a sentarse a mi lado y me dedicó una sonrisa.

—No hemos sabido nada de tus padres todavía —dijo—. Pero los encontraremos.

Nos dedicamos a ver el partido. Jeff lanzó su saque con efecto y Elliot devolvió la pelota. Para mi sorpresa, era un partido muy igualado. Creo que Jeff también estaba sorprendido. Así que cada vez jugaba con más violencia. ¡Y muchos de sus saques se salían de la mesa!

Ya habían jugado dos partidos, me dijo Buddy. Jeff ganó el primero y Elliot el segundo. Éste era el definitivo.

Iban empatados a dieciséis puntos. Luego empataron a diecisiete y a dieciocho. Elliot estaba cada vez más entregado al juego. Deseaba con toda su alma ganar. Se inclinaba muy rígido sobre la mesa, cogiendo la paleta con tanta fuerza que tenía la mano blanca. El sudor le perlaba la frente. Se agachaba y se movía, gimiendo con cada golpe, intentando rematar cada pelota.

Cuanto más frenético se ponía Elliot, más tranquilo parecía Jeff.

Estaban empatados a diecinueve. Elliot falló un tiro y estampó

furioso la paleta contra la mesa. Estaba perdiendo los nervios. Yo ya lo había visto así muchas veces. Elliot nunca podría ganar si no se serenaba.

Cuando cogió la pelota, dispuesto a sacar, me metí dos dedos en la boca y lancé un fuerte silbido. Él bajó la paleta al oírme. Era mi señal. La había utilizado muchas veces con anterioridad. Significaba «Tranquilo, Elliot. Cálmate.»

Mi hermano se volvió y me hizo un rápido gesto con el pulgar hacia arriba. Respiró hondo un par de veces. Mi señal siempre le ayudaba.

Levantó la pelota y sacó. Jeff la devolvió tímidamente y Elliot la lanzó justo sobre la esquina derecha. Jeff no pudo alcanzarla y falló.

La siguiente pelota la sacaba él. Elliot la devolvió muy suavemente. La pelota rozó la red y botó varias veces en el lado de Jeff.

¡Elliot había ganado!

Mi hermano lanzó un alegre grito y levantó los puños. Jeff tiró su paleta al suelo y se marchó enfadado.

—Tu hermano es muy bueno —dijo Buddy mientras se levantaba—. Me gusta su estilo. Se lo toma muy en serio.

—Eso seguro —murmuré.

Buddy se apresuró a premiar a Elliot con su Moneda Real.

—Bueno, chaval, ya sólo necesitas cinco más —le dijo, chocándole los cinco.

—No hay problema —se jactó mi hermano. Alzó la moneda para enseñármela. La imagen del rey Jellyjam me sonrió.

¿Por qué habrían escogido como mascota aquel estúpido emplasto morado?, me pregunté de nuevo. Parecía un chicle masticado con corona.

—Tengo que ir a cambiarme —le dije a Elliot.

Él se metió la moneda en el bolsillo.

—¡Yo voy a buscar otro deporte! ¡Quiero ganar otra Moneda Real antes de esta noche!

Me despedí de él y eché a andar hacia los dormitorios. Sólo había dado unos pasos cuando oí un sonido firme. Entonces la tierra empezó a temblar.

Me quedé petrificada, con todos los músculos agarrotados. El

sonido era cada vez más fuerte.

—¡Un terremoto! —grité.



La tierra se sacudía con fuerza. El toldo que cubría las mesas de pimpón temblaba y las mesas rebotaban en el suelo. A mí se me doblaron las rodillas, pero me esforcé por no caerme.

—¡Un terremoto! —grité otra vez.

—¡No pasa nada! —Buddy se me acercó corriendo.

Tenía razón. El rumor se desvaneció rápidamente y el suelo dejó de vibrar.

—Ocurre a veces —me explicó el monitor—. Pero no pasa nada.

Yo todavía tenía el corazón acelerado y me temblaban las piernas como si fueran de goma.

—¿Que no pasa nada?

—¿Lo ves? —Buddy señaló en torno al campamento—. Nadie le presta atención. Sólo dura unos segundos.

Miré a mi alrededor. Sí, era verdad. Los chicos del torneo de ajedrez que se desarrollaba delante del pabellón no habían levantado la vista de los tableros. El partido de fútbol, en el campo que había al otro lado de la piscina, transcurría como si nada.

—Suele suceder una o dos veces al día —me dijo Buddy.

—¿Cuál es la causa? —pregunté.

Él se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¡Pero todo se mueve muchísimo! ¿No es peligroso?

Buddy no me oyó. Ya se había marchado corriendo hacia el campo de fútbol.

Me dirigí a los dormitorios, todavía un poco temblorosa. Me

resonaba en los oídos aquel extraño rumor.

Al abrir la puerta del edificio me encontré con Jan e Ivy, las dos vestidas con ropa de tenis y con la raqueta al hombro.

—¿Qué deportes has practicado?

—¿Has ganado alguna Moneda Real?

—¿Verdad que ha sido una gran prueba de natación?

—¿Te lo estás pasando bien, Wendy?

—¿Juegas al tenis?

Las dos hablaban a la vez, bombardeándome con preguntas. Parecían muy excitadas y no me dieron ocasión de contestar.

—Necesitamos más chicas para el torneo de tenis —dijo Ivy—. Es una competición de dos días. Ven a las pistas después de comer, ¿vale?

—Vale —le contesté—. No juego muy bien, pero...

—¡Nos vemos! —exclamó Jan, y las dos se fueron corriendo.

La verdad es que sí que juego bien al tenis. Mi saque no está mal y mi revés a dos manos tampoco.

Pero no soy genial.

En casa, mi amiga Allison y yo jugamos bastante al tenis, pero por pura diversión, sin matarnos. A veces nos dedicamos simplemente a pasarnos la pelota la una a la otra. Ni siquiera llevamos un tanteo.

Decidí apuntarme al torneo de tenis. Si perdía en la primera vuelta tampoco pasaría nada.

«Además —me dije—, papá y mamá llegarán en cualquier momento y tendremos que marcharnos.»

Mis padres... Sus rostros se dibujaron en mi memoria. «Deben de estar frenéticos —pensé—, muertos de preocupación. Ojalá se encuentren bien.»

De pronto se me ocurrió una idea: decidí llamar a mi casa. ¡Cómo no lo había pensado antes! Llamaría a casa y dejaría un mensaje en el contestador diciendo dónde estábamos Elliot y yo. Mi padre, esté donde esté, no deja de llamar a casa cada hora a ver si hay mensajes. Mi madre siempre se burla de esa manía.

«¡Pero ahora los dos se alegrarán de recibir el mensaje! —me dije—. ¡Ha sido una idea genial!»

Lo único que me hacía falta era un teléfono. «Tiene que haber

teléfonos en los dormitorios», pensé. Busqué en el pequeño vestíbulo, pero no vi ninguno. En el mostrador no había nadie que me pudiera informar.

Lo intenté en el otro pasillo. Tampoco allí encontré nada.

Cada vez más ansiosa de hacer la llamada, salí corriendo y solté un largo suspiro de alivio al ver dos teléfonos públicos junto al gran edificio blanco. Me acerqué a ellos con el corazón palpitante, cogí el primero, y justo cuando me llevaba el auricular a la oreja...

¡...dos manos me cogieron por detrás!

—¡Suelta el teléfono! —ordenó una voz.

# 12

—¡Ah! —chillé sorprendida.

Dejé caer el auricular, que quedó dando vueltas colgado del cable, y di media vuelta.

—¡Dierdre! ¡Me has dado un susto de muerte! —exclamé.

Sus ojos verdes llameaban de emoción.

—Lo siento, Wendy. ¡Pero es que tenía que contártelo! ¡Mira!

Llevaba en la mano abierta un puñado de doradas Monedas Reales.

—¡Acabo de ganar mi sexta moneda! —declaró sin aliento—. ¿Verdad que es increíble?

—Pues... supongo —repliqué vacilante. Todavía no entendía a qué venía tanto jaleo.

—¡Esta noche estaré en el Desfile de los Vencedores! —exclamó Dierdre—. ¡Me parece increíble haberlo conseguido!

—Pues qué bien. Felicidades.

—¿Tú has ganado ya alguna moneda? —me preguntó Dierdre, todavía con la mano abierta.

—Pues... no, todavía no.

—¿A qué esperas? —me apremió—. Demuestra lo que vales, Wendy. ¡Sólo los mejores! —Y me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba.

—Vale. Sólo los mejores —repetí.

—Hoy hay una fiesta en nuestra habitación —prosiguió ella—. Justo después del Desfile de los Vencedores. Lo vamos a celebrar.

—¡Estupendo! A lo mejor podemos encargar una pizza en el

comedor o algo.

—Díselo a Jan y a Ivy. O no, ya se lo diré yo. ¡Bueno, la que las vea primero! ¡Hasta luego!

Salió corriendo, con las seis monedas doradas en el puño. De pronto me di cuenta de que me había quedado sonriendo. Dierdre estaba tan nerviosa que me había contagiado su emoción, tanto que hasta se me había olvidado llamar por teléfono.

«Tendré que darle una oportunidad al campamento —decidí—. Tengo que adaptarme al ambiente y divertirme un poco. ¡Sólo los mejores! ¡Voy a ganar ese campeonato de tenis!»

Cenamos en las largas mesas de madera del enorme comedor del pabellón principal del campamento. La gigantesca sala parecía extenderse hasta el infinito. Las voces y las risas resonaban en las paredes, por encima del tintineo de los platos y cubiertos. Todo el mundo tenía algo que contar. Todos querían hablar de los juegos del día.

Después de cenar, los monitores nos llevaron a la pista de carreras. Busqué a Elliot entre la multitud, pero no pude localizarlo.

Era una noche cálida y clara. Una pálida media luna flotaba sobre los árboles oscuros. Cuando el sol se puso, el cielo pasó del rosa al púrpura y luego al gris. Finalmente cayó la oscuridad y vi dos oscilantes luces amarillas al otro extremo de la pista. Cuando las luces se acercaron descubrí que eran unas antorchas que llevaban dos monitores.

Un ensordecedor toque de trompeta nos dejó a todos en silencio. Yo me acerqué a Jan.

—Pues sí que se lo toman en serio —comenté.

—Es que es algo muy serio —contestó ella, con los ojos fijos en las antorchas que se acercaban.

—¿Tenemos comida para la fiesta de después? —susurré.

Jan se llevó el dedo a los labios.

—Sshhh.

Habían encendido más antorchas. Los círculos amarillos de luz relucían como soles diminutos. Entonces oí un redoble de tambor y por los altavoces se escuchó una marcha, toda trompetas y tambores.

Nos quedamos en silencio mientras pasaba el desfile de antorchas. Entonces, bajo la oscilante luz, se distinguieron los rostros. Rostros sonrientes de los chicos que ese día habían ganado su sexta Moneda Real. Eran ocho en total, cinco niños y tres niñas.

Llevaban las monedas en torno al cuello, como un collar que reflejaba la luz de las antorchas y hacía resplandecer los rostros de los que desfilaban.

Dierdre iba la segunda de la fila. ¡Parecía tan contenta y emocionada! Sus monedas le tintineaban al cuello y su sonrisa no se desvaneció ni un instante.

Jan y yo la llamamos a gritos y con la mano, pero ella pasó de largo.

De pronto la voz de un monitor tronó por los altavoces:

—¡Vamos a vitorear a los que esta noche realizan el Desfile de los Vencedores!

Un fuerte clamor se alzó entre el público del desfile. Todos aplaudieron, gritaron y silbaron hasta que los vencedores hubieron pasado de largo y las últimas antorchas desaparecieron de la vista.

—¡Sólo los mejores! —exclamó la voz de la megafonía.

—¡Sólo los mejores! —entonamos nosotros—. ¡Sólo los mejores!

Eso puso fin al Desfile de los Vencedores. Las luces se encendieron y todos nos fuimos a los dormitorios, los chicos en una dirección y las chicas en otra.

—Lo de las antorchas ha sido genial —le dije a Jan mientras seguíamos a la multitud de chicas hacia nuestro edificio.

—Yo sólo necesito dos monedas más —contestó ella—. A lo mejor las gano mañana. ¿Participarás en el torneo de *softball*?

—No, en el de tenis —le dije.

—Hay demasiadas jugadoras buenas —declaró Jan—. Será muy difícil ganar una moneda. Deberías probar con el *softball* también.

—Bueno, a lo mejor.

Ivy ya nos estaba esperando en la habitación.

—¿Dónde está Dierdre? —nos preguntó cuando entramos.

—No la hemos visto —dijo Jan.

—Debe de andar con los otros vencedores —apunté yo.

—He encontrado dos bolsas de patatas fritas, pero nada más —nos informó Ivy, alzando las bolsas.

—¿Tenemos algo de beber? —pregunté.

Ivy nos enseñó dos latas de Coca-Cola light.

—¡Menuda fiesta! —exclamó Jan entre risas.

—A lo mejor podríamos invitar a las chicas de otras habitaciones —sugerí.

—¡De eso nada! ¡Tendríamos que compartir la bebida! —protestó Jan.

Todas nos echamos a reír. Las tres estuvimos haciendo el tonto y bromeando durante media hora, mientras esperábamos a Dierdre. Luego nos sentamos en el suelo y abrimos una de las bolsas de patatas. Nos la terminamos sin darnos ni cuenta y nos pasamos una lata de Coca-Cola.

—¿Dónde se habrá metido? —preguntó Jan.

—Ya es casi la hora de apagar las luces —suspiró Ivy mirando el reloj—. No nos queda mucho tiempo para la fiesta.

—A lo mejor a Dierdre se le ha olvidado —dije. Arrugué la bolsa de patatas y la tiré a la papelera. Fallé. Decididamente, el baloncesto no es lo mío.

—¡Pero si lo de la fiesta fue idea suya! —Ivy se levantó y se puso a andar de un lado a otro—. ¿Dónde estará? Ya están todos dentro.

—Vamos a buscarla —sugerí. Bueno, la verdad es que se me escapó sin que me diera ni cuenta. Eso me pasa muchas veces: se me ocurre una idea genial antes de pensarla siquiera.

—¡Sí, vamos! —exclamó Ivy.

—Eh, eh, un momento —Jan se nos puso delante—. No está permitido. Ya conoces las reglas, Ivy. No se puede salir después de las diez.

—Saldremos sin que nos descubran y cuando encontremos a Dierdre volveremos sin que nos vean —contestó Ivy—. Venga, Jan. ¿Qué puede pasar?

—Eso, ¿qué puede pasar? —dije yo.

Jan estaba en minoría.

—Vale, vale. Ojalá no nos cojan —masculló.

«¿Qué puede pasar?», me pregunté mientras salía la primera al pasillo desierto. «¿Qué puede pasar?», me repetí cuando salimos a hurtadillas por la puerta.

¿Qué podía pasar?

Entonces no lo sabía, ¡pero podían pasar MUCHAS COSAS!

# 13

La noche era bastante cálida y húmeda, así que al salir del edificio me pareció entrar en una ducha de agua caliente. Un mosquito zumbó en torno a mi cabeza. Intenté aplastarlo con una palmada pero fallé.

Jan, Ivy y yo fuimos rodeando el edificio. Los zapatos me resbalaban en la hierba mojada. Unos focos brillaban entre los árboles iluminando el camino. Nosotras íbamos avanzando entre las sombras.

—¿Dónde miramos primero? —susurró Ivy.

—En el pabellón —sugerí—. A lo mejor los vencedores de hoy celebran allí alguna fiesta.

—Yo no he oído nada—dijo Jan—. ¡Todo esto está muy silencioso!

Tenía razón. Los únicos ruidos que se percibían eran el canto de los grillos y el susurro del viento cálido entre los árboles.

Sin salir nunca de las sombras, seguimos el camino hacia el pabellón. Pasamos de largo la piscina, vacía y tranquila. El agua brillaba como la plata bajo los potentes focos. Hacía tanto calor que me dieron ganas de tirarme vestida y todo.

Pasamos las tres muy juntas por las mesas de pimpón. Me acordé de Elliot y me pregunté qué estaría haciendo. Probablemente estaba en la cama, como cualquier persona sensata.

Nos acercábamos a la primera hilera de pistas de tenis cuando Ivy exclamó de pronto:

—¡Ah! ¡Escondeos! —Me cogió bruscamente y me empujó contra

la alambrada.

Entonces oí pasos en el camino. Alguien venía canturreando. Era un monitor, que pasó de largo mientras las tres conteníamos la respiración. Era un chico de pelo oscuro y rizado que llevaba unas gafas azules de sol pese a que era de noche, y la camiseta y los pantalones cortos blancos del uniforme de los monitores.

Nosotras nos estrechamos contra la verja de la pista de tenis.

—Es Billy —susurró Jan—. Es bastante guay. Siempre está contento.

—Y más contento que se va a poner si nos ve, precisamente —dijo Ivy—. Se nos va a caer el pelo.

Billy pasó de largo canturreando entre dientes y chasqueando los dedos. El camino rodeaba el otro lado de las pistas de tenis. Yo me lo quedé mirando hasta que desapareció de la vista. Luego respiré hondo. ¡Había estado todo el tiempo conteniendo el aliento!

—¿Adónde irá? —preguntó Ivy.

—A lo mejor a la fiesta del pabellón —sugerí.

—¿Por qué no se lo preguntamos? —bromeó Jan.

—Claro —dije.

Miramos en ambas direcciones y echamos a andar de nuevo. Atravesamos las pistas de tenis. Los focos de los árboles arrojaban sobre el camino largas sombras que se movían y cambiaban con el vaivén de las ramas de los árboles. Parecían oscuras criaturas reptando por el suelo.

A pesar del calor de la noche, me estremecí. Era bastante siniestro caminar sobre aquellas sombras cambiantes. Tenía la sensación de que alguna podría cogerme y arrastrarme con ella.

Qué idea más rara, ¿no?

Me di la vuelta y vi que empezaban a apagarse las luces de las ventanas de los dormitorios. Le di un golpecito a Jan en el hombro y también ella se volvió a mirar. A medida que se apagaban las luces, el edificio pareció desaparecer delante de nuestra vista, hasta que se desvaneció del todo en el negro de la noche.

—P-puede que no hayamos tenido una buena idea —susurré.

Ivy no contestó. Se mordió el labio, mirando en todas direcciones. Jan se echó a reír.

—No os rajéis ahora —nos regañó—. Ya casi estamos en el

pabellón.

Acortamos por el campo de fútbol. El pabellón principal se alzaba en una baja colina, oculto entre viejos arces y sasafrases. No tuvimos que subir mucho la pendiente para ver que el pabellón estaba tan oscuro como los dormitorios.

—Aquí no hay ninguna fiesta —susurré.

Ivy suspiró, decepcionada.

—Bueno, ¿dónde se habrá metido Dierdre?

—¡Podríamos mirar en los dormitorios de los chicos! —bromeé.

Nos echamos a reír, pero el fuerte ruido de un aleteo nos dejó helados.

—¿Qué es eso? —exclamó Ivy.

—¡Aaah! —gemí yo al verlos.

El cielo estaba cubierto de murciélagos, docenas de murciélagos negros que aleteaban sobre los focos de los árboles... ¡Y se dirigían hacia nosotras!

# 14

Un grito se me escapó de los labios y me tapé la cara con las dos manos. Oí la respiración entrecortada de Jan e Ivy. El aleteo era cada vez más fuerte, más cercano. Sentí en el cuello el aliento caliente de los murciélagos, noté que me clavaban las garras en el pelo, en la cara...

La verdad es que tengo una imaginación de espanto en lo que se refiere a los murciélagos.

—No pasa nada, Wendy —susurró Jan, apartándome las manos de la cara—. Mira —señaló.

Seguí su mirada hacia las alas negras. Los murciélagos volaban bajo, pero no en nuestra dirección. Se lanzaban en picado hacia la piscina, al pie de la colina. Bajo los brillantes focos, se los veía hundirse en el agua, durante menos de un segundo, y levantar el vuelo de nuevo hacia el cielo.

—N-no me gustan los murciélagos.

—Ni a mí —admitió Ivy—. Ya sé que son buenos, que comen insectos y esas cosas, pero a mí me dan escalofríos.

—Bueno, no nos molestarán —dijo Jan—. Sólo han bajado a beber. —Nos empujó a Ivy y a mí para que empezáramos a descender la colina.

Tuvimos suerte. Nadie me oyó gritar. Pero sólo habíamos avanzado unos pasos cuando vimos a otra monitora que se acercaba por el camino. Yo la conocía. Tenía el pelo muy rubio y lacio, largo hasta la cintura cubierto con su gorra azul de béisbol.

Las tres nos agachamos bajo un matorral sin hacer ruido. ¿Nos

habría visto? Volví a contener la respiración. Ella siguió andando.

—¿Adónde van los monitores? —susurró Ivy.

—Vamos a seguirla —dije.

—Pero de lejos —advirtió Jan.

Nos levantamos despacio y salimos de detrás del arbusto. De pronto nos detuvimos al oír un rumor apagado que se fue haciendo cada vez más fuerte. La tierra comenzó a temblar.

Vi la expresión de miedo de mis dos amigas. Ivy y Jan estaban tan asustadas como yo.

La tierra se estremecía con tanta fuerza que caímos de rodillas. Yo aterricé en la hierba. El suelo temblaba y el rumor se convirtió en un rugido.

Cerré los ojos. El ruido se fue desvaneciendo poco a poco. La tierra dio una última sacudida y se quedó quieta. Abrí entonces los ojos y me volví hacia Ivy y Jan, que se estaban levantando muy despacio.

—¡Es horrible cada vez que pasa! —dijo Jan.

—¿Qué es? —pregunté, levantándome con las piernas temblorosas.

—Nadie lo sabe —contestó Jan mientras se frotaba las manchas de hierba de las rodillas—. Pasa varias veces al día.

—Yo creo que deberíamos olvidarnos de Dierdre —dijo Ivy en voz baja—. Quiero volver a la habitación.

—Sí, yo también —repliqué débilmente—. Ya celebraremos la fiesta mañana con Dierdre.

—Sí, nos contará dónde ha estado esta noche y qué ha hecho —dijo Jan.

—Esto ha sido una locura —afirmé.

—¡Pues fue idea tuya! —exclamó Jan.

Volvimos por el camino ocultas entre las sombras. Eché un vistazo a la piscina. Los murciélagos habían desaparecido. Tal vez el ruido los había espantado y se habían dirigido de nuevo hacia el bosque. Los grillos habían dejado de cantar. El aire seguía siendo cálido, pero quieto y silencioso. Sólo se oía el rumor de nuestros pasos por el camino de tierra.

De pronto, antes de que pudiéramos reaccionar o escondernos, oímos pasos. Unos pasos rápidos. Alguien corría hacia nosotras.

Me detuve en seco al oír el grito desesperado de una chica.  
—¡Socorro! ¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Socorro!

# 15

Una cálida ráfaga de viento sacudió los árboles haciendo danzar sus espectrales sombras.

Yo retrocedí de un brinco, asustada por los gritos de la chica.

—¡Socorro! ¡Ayudadme, por favor...!

Venía corriendo desde las pistas de tenis. Llevaba unos pantalones muy cortos y ajustados de color azul y una camiseta morada. Tenía los brazos extendidos ante ella y su largo pelo flotaba enmarañado al viento.

La reconocí en cuanto la vi. Era la pequeña pelirroja de las pecas, la que estaba escondida entre los árboles y nos advirtió a Elliot y a mí que no entráramos en el campamento.

—¡Socorro!

Se lanzó directamente hacia mí, sollozando. Yo le rodeé los hombros con los brazos.

—Tranquila —susurré—. No pasa nada.

—¡No! —chilló ella, apartándose de mí.

—¿Qué sucede? —preguntó Jan—. ¿Qué haces aquí fuera?

—¿Por qué no estás en la cama? —añadió Ivy.

La niña no contestó. Estaba temblando de la cabeza a los pies. Me cogió de la mano y me llevó detrás de los matorrales junto al camino. Jan e Ivy nos siguieron.

—Sí que pasa algo —comenzó, enjugándose con las dos manos las lágrimas de las pecosas mejillas—. Sí que pasa. Yo... yo...

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jan en un susurro.

—¿Qué haces aquí fuera? —repitió Ivy.

Oí de nuevo el aleteo de los murciélagos, que volaban bajo. Pero meforcé a no hacerles caso y seguí mirando a la pequeña.

—Me llamo... Alicia —sollozó—. Tenemos que irnos. ¡Deprisa!

—¿Cómo? Respira hondo, Alicia—dije—. No pasa nada, de verdad.

—¡No! —gritó ella moviendo la cabeza.

—Estás a salvo. Estás con nosotras —insistí.

—No estamos a salvo. Nadie aquí está a salvo. He intentado advertir a la gente. A ti intenté decírtelo... —De nuevo los sollozos interrumpieron sus palabras.

—¿Qué pasa? —quiso saber Ivy.

—¿De qué nos has querido avisar? —preguntó Jan inclinándose sobre ella.

—He... ¡he visto una cosa terrible! —balbució Alicia.

—¿Qué has visto? —dije impaciente.

—Les seguí... y lo vi. Una cosa horrible. No... no puedo contarlo. Tenemos que irnos. Tenemos que avisar a los demás, a todos. Tenemos que irnos corriendo. ¡Hay que escapar de aquí!

Soltó un largo suspiro. Todo su cuerpo seguía temblando.

—¿Pero por qué tenemos que irnos? —pregunté, poniéndole las manos con suavidad en los hombros.

Me sentía fatal. Quería tranquilizarla, quería decirle que todo iba bien. Pero no sabía cómo convencerla. ¿Qué habría visto? ¿Qué la habría asustado tanto?

¿Sería una pesadilla?

—¡Tenemos que irnos ahora mismo! —repitió la niña con voz chillona. Tenía el pelo pegado a la cara por las lágrimas. Me cogió de la mano y tiró de mí—. ¡Deprisa! ¡Tenemos que irnos! ¡Lo he visto!

—¿Pero qué has visto? —exclamé.

Alicia no tuvo tiempo de responder.

En ese momento un monitor de pelo moreno surgió ante los arbustos.

—¡Pero bueno! —gritó.

# 16

Me quedé petrificada, congelada de la cabeza a los pies.

Los oscuros ojos del monitor llameaban bajo la luz de los focos.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó.

Yo respiré hondo, dispuesta a contestar, pero una voz se me adelantó.

—Mira que eres ruidoso. —Era una monitora de pelo corto y moreno.

Me agaché rápidamente, jadeando, aterrorizada tras los arbustos intentando no hacer ni el menor ruido.

Mis dos amigas se pusieron a gatas.

—Me estás siguiendo, ¿verdad? —bromeó el monitor.

—¿Y por qué iba a seguirte? ¡A lo mejor eres tú el que me sigue a mí! —contestó la mujer.

Me di cuenta, aliviada, de que no nos habían visto. Estábamos a medio metro de ellos, pero no nos veían detrás de los matorrales.

Un instante después los monitores se alejaron juntos. Nosotras esperamos un buen rato, escuchando con atención, hasta que dejamos de oír sus voces. Luego nos levantamos despacio.

—Alicia, ¿estás bien? —pregunté.

—¿Alicia? —la llamaron Jan e Ivy.

La pequeña se había esfumado.

Entramos furtivamente en nuestro edificio por una puerta lateral. Por suerte no había monitores por los pasillos. No se veía un alma.

—Dierdre, ¿estás aquí? —preguntó Jan en cuanto llegamos a la habitación.

Silencio.

Encendí la luz y vimos que la cama de Dierdre estaba vacía.

—Es mejor que apagues la luz —me advirtió Ivy—. Ya ha pasado la hora de acostarse.

Apagué y fui a trompicones hasta mi litera, esperando que se me acostumbraran los ojos a la oscuridad.

—¿Pero dónde estará Dierdre? —se preguntó Ivy—. Estoy un poco preocupada. ¿No deberíamos decirle lo que pasa a algún monitor?

—¿A qué monitor? —Jan se tiró en su litera—. No hay ninguno. Andan todos por ahí.

—Seguro que Dierdre estará en alguna fiesta y se ha olvidado de nosotras —dije bostezando. Me agaché para abrir la cama.

—¿Qué creéis que habrá visto aquella niña? —preguntó Ivy, asomada a la ventana.

—¿Alicia? Supongo que tuvo una pesadilla —contesté.

—¡Pues estaba muerta de miedo! —dijo Jan, moviendo la cabeza—. ¿Y qué hacía ahí fuera?

—¿Y por qué huyó así de nosotras? —añadió Ivy.

—Muy raro —murmuré.

—Sí que es raro, sí —convino Jan. La verdad es que esa noche había sido de lo más rara. Jan se acercó a la cómoda—. Me voy a poner el pijama. Mañana es un gran día. Tengo que ganar dos Monedas Reales.

—Yo también —dijo Ivy con un bostezo.

Jan abrió un cajón.

—¡Oh, no! —chilló—. ¡No! ¡No puede ser!

# 17

—¿Qué pasa, Jan? —pregunté.

Ivy y yo nos acercamos corriendo. Jan seguía mirando el cajón abierto de la cómoda.

—Está tan oscuro que he abierto el cajón de Dierdre por equivocación. Y... y... ¡Está vacío!

—¿Eh? —exclamamos sorprendidas Ivy y yo.

Forcé la vista bajo la tenue luz grisácea para mirar el cajón. Estaba totalmente vacío.

—Mira en el armario —sugerí.

Ivy atravesó la habitación en cuatro rápidas zancadas y abrió el armario.

—¡Todas las cosas de Dierdre han desaparecido! —anunció.

—Qué raro —murmuré. Parecía el lema de la noche.

—¿Cómo es que se ha marchado sin decirnos nada? —dijo Jan.

—¿Y adonde ha ido? —añadió Ivy.

«Buena pregunta», pensé, mirando el armario vacío.

¿Adónde había ido Dierdre?

El desayuno era la comida más ruidosa del día. Las cucharas resonaban en los cuencos de cereales, las jarras de zumo de naranja golpeaban las largas mesas de madera. El ruido de las voces era como si alguien hubiera subido al máximo el volumen. Todos hablaban animadamente de lo que pensaban hacer en el día, de los torneos que iban a ganar.

Yo había sido la última en ducharme, de modo que cuando entré

en el comedor Jan e Ivy ya estaban desayunando. Recorrí el estrecho pasillo entre las mesas buscando con la mirada a Dierdre. No había señales de ella.

No había dormido muy bien pese al cansancio. No dejaba de pensar en Dierdre y en Alicia ni de preguntarme por qué mis padres tardaban tanto en ponerse en contacto con nosotros.

Vi a Elliot en el extremo de una mesa abarrotada de chicos de su edad. Mi hermano tenía una pila de tortitas delante y les estaba echando mermelada.

—¿Qué hay, Elliot? —le saludé, abriéndome paso como pude para acercarme a él.

Mi hermano no se molestó ni en darme los buenos días.

—Tengo un torneo esta mañana —me informó muy exaltado—. Baloncesto, uno contra uno. ¡Podría ganar mi tercera Moneda Real!

—Pues qué emocionante —repliqué, poniendo los ojos en blanco—. Oye, no habrás tenido noticias de papá y mamá, ¿verdad?

Elliot se me quedó mirando como si no recordara quiénes eran nuestros padres. Luego movió la cabeza.

—Todavía no. ¿A que es un campamento genial? Vaya suerte hemos tenido.

No dije nada. Estaba mirando la mesa de al lado porque me parecía haber visto a Dierdre. Pero era otra niña de pelo rubio.

—¿Has ganado ya alguna moneda? —preguntó Elliot con la boca llena de tortitas y la mermelada goteándole por la barbilla.

—No, todavía no.

Soltó una risita.

—Deberían cambiar el lema del campamento para ti, Wendy. ¡Sólo los peores!

Elliot soltó una carcajada y todos los chicos de la mesa se echaron a reír. Como ya he dicho, Elliot se cree graciosísimo. Pero yo no estaba de humor para sus bromitas. No dejaba de pensar en Dierdre.

—Hasta luego —dije.

Me dirigí a la parte del comedor reservada a las chicas. En una mesa junto a la pared estallaron vítores y risas. Había comenzado una batalla de huevos revueltos. Tres monitores se apresuraron a poner fin al combate.

La mesa de Jan e Ivy estaba llena. Encontré un sitio libre en la mesa contigua y me serví un vaso de zumo y un cuenco de cereales. Pero no tenía mucha hambre.

—¡Eh! —llamé al ver a Buddy. Él no me oyó con el ruido, de modo que me levanté de un salto y salí corriendo tras él.

—Hola. ¿Qué pasa? —me preguntó con una sonrisa. Todavía tenía mojado el pelo de la ducha y olía a perfume. Loción para el afeitado, supongo.

—¿Sabes dónde está Dierdre? —pregunté.

Él entornó los ojos en gesto de sorpresa.

—¿Dierdre?

—Una chica de mi dormitorio —expliqué—. Anoche no volvió a la habitación y su armario está vacío.

—Dierdre —repitió él, pensativo. Miró su tablero de notas y le fue pasando el dedo lentamente—. Ah, sí. Se ha ido. —Se le puso la cara de un rosa subido.

—¿Cómo? —dije, mirándole de hito en hito—. ¿Que Dierdre se ha ido? ¿Adónde, a su casa?

Él siguió mirando la hoja de su tablón.

—Supongo que sí. Aquí sólo dice que se ha ido. —Sus mejillas pasaron del color rosa al rojo.

—Pues qué raro. No se despidió ni nada.

Buddy se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—¡Que tengas un buen día!

Eché a andar hacia la mesa de los monitores, al principio de la enorme sala. Yo salí corriendo tras él y le cogí del brazo.

—Buddy, una cosa más —dije—. ¿Sabes dónde puedo encontrar a una niña pequeña que se llama Alicia?

Buddy saludó con la mano a unos chicos, al otro lado del comedor.

—¡A por ellos, muchachos! ¡Sólo los mejores! —les gritó. Luego se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Alicia?

—No sé su apellido. Debe de tener unos seis o siete años. Es pelirroja, con una larga melena y la cara llena de pecas.

—Alicia...

Buddy se mordió el labio inferior y volvió a mirar sus notas. Fue pasando el dedo por la lista de nombres y de pronto se detuvo y

volvió a sonrojarse.

—Ah, sí. Alicia —dijo, bajando las notas. Me sonrió, pero era una sonrisa muy rara, una sonrisa escalofriante—. Se ha ido también.

# 18

—¡Jan! ¡Ivy! —Vi que salían corriendo del comedor y fui tras ellas—. ¡Tenemos que hablar! —grité sin aliento.

—No podemos. Llegamos tarde. —Jan se alborotó el pelo con una mano—. Si no llegamos a tiempo a las pistas de voleibol no podremos entrar en el campeonato.

—¡Pero es que es muy importante! —les grité, mientras ellas corrían hacia las puertas.

No parecieron oírme y se perdieron bajo el sol de la mañana. El corazón me martilleaba en el pecho. De pronto me sentía helada. Me acerqué a mi hermano, que estaba boxeando en broma con un chico alto y delgado de pelo corto y rubio.

—Elliot, ven un momento.

—No puedo —me contestó—. ¿No te acuerdas de que tengo una competición?

El chico delgado se dirigió corriendo hacia la puerta. Yo me puse delante de Elliot para bloquearle el paso.

—¡Oye, déjame en paz! —gritó—. No quiero llegar tarde. Voy a jugar contra Jeff, ¿te acuerdas de él? Le puedo ganar. Es alto, pero muy lento.

—Elliot, está pasando algo raro —dije, acorralándolo contra la pared. Los chicos que salían se nos quedaban mirando. Pero me daba igual.

—¡Aquí la única rara eres tú! —me espetó mi hermano—. ¿Me dejas ir a la pista de baloncesto o no?

Intentó escapar, pero le inmovilicé los hombros contra la pared.

—¡Espera sólo un segundo! —insistí—. En este campamento pasan cosas, Elliot. —Le solté.

—¿Te refieres a lo del temblor de tierra? —dijo él, apartándose el pelo de la frente con una mano—. Eso son gases o algo así. Me lo explicó un monitor.

—No, no me refiero a eso. Hay niños que desaparecen.

Elliot se echó a reír.

—¿Niños invisibles? ¿Como en los trucos de magia?

—¡Deja de burlarte de mí! Esto no tiene ninguna gracia, Elliot. Hay niños que desaparecen. Dierdre, una chica de mi dormitorio, por ejemplo. Anoche participó en el Desfile de los Vencedores y luego no volvió a la habitación.

La sonrisa de Elliot se desvaneció.

—Esta mañana Buddy me ha dicho que Dierdre se ha marchado —proseguí. Hice un chasquido con los dedos—. Así, sin más. Y una niña pequeña que se llama Alicia también ha desaparecido.

Elliot me miró con atención.

—La gente tiene que irse en algún momento. ¿Qué hay de raro en eso?

—¿Y mamá y papá? —pregunté—. No pudieron llegar muy lejos antes de darse cuenta de que la caravana se había soltado. ¿Cómo es que no nos han encontrado? ¿Por qué no ha dado con ellos la gente del campamento?

Elliot se encogió de hombros.

—Ni idea. —Me esquivó y echó a andar hacia la puerta—. Wendy, tú no estás a gusto porque eres muy mala en los deportes. Pero yo me lo estoy pasando estupendamente. No me lo estropees.

—Pero... pero... ¡Elliot!

Él movió la cabeza, abrió la puerta con las dos manos y escapó.

Apreté los puños. Me hubiera encantado pegarle. ¿Por qué no quería escucharme? ¿Es que no se daba cuenta de lo asustada y lo preocupada que yo estaba?

Elliot siempre pasa de todo y todo le sale bien. Así pues, ¿por qué sufrir? Claro, que debería estar por lo menos un poco preocupado por mis padres.

Mis padres...

Sentí un peso en el estómago. Eché a andar despacio hacia la

puerta. ¿Habrían tenido un accidente o algo así? Tal vez ésa era la razón de que no hubieran dado con nosotros todavía.

«No. No empeores las cosas —me reprendí—. No te dejes llevar por la imaginación, Wendy.»

De pronto recordé mi plan de llamar a casa. «Sí —decidí—. Voy a hacerlo ahora mismo. Llamaré a casa y les dejaré un mensaje en el contestador.»

Me detuve en mitad del camino, buscando un teléfono. Pasó un grupo de chicas con palos de hockey. Oí un largo silbido proveniente de las piscinas, al otro lado de las pistas de tenis, y luego el ruido de los chicos que se tiraban al agua.

«Todo el mundo se divierte —pensé—. Menos yo.»

Decidí hacer la llamada y dedicarme luego a algún deporte, algo que me distrajera de las preocupaciones.

Volví a la hilera de teléfonos al lado del pabellón. Eché a correr a toda velocidad y cogí el más cercano. Me llevé el auricular a la oreja y fui a marcar nuestro número.

Entonces grité sorprendida.

# 19

—¡Hola! —tronó una voz grave y alegre—. *Que pases un día maravilloso en el campamento. Te saluda el rey Jellyjam. Trabaja duro. Juega duro. Y gana. Y recuerda siempre... ¡Sólo los mejores!*

—¡Oh, no! —grité—. ¡Es un maldito mensaje!

—¡Hola! *Que pases un día maravilloso...* —repitió la cinta.

Colgué de golpe y cogí el siguiente teléfono.

—¡Hola! *Que pases un día maravilloso en el campamento.* —Era la misma voz ensordecedora y alegre. El mismo mensaje.

Probé todos los teléfonos. En todos se oía lo mismo. No eran auténticos.

«¿Dónde estarán los teléfonos de verdad?», me pregunté. Tenía que haber teléfonos que funcionaran.

Me alejé del pabellón y eché a andar por el camino de tierra. Al pasar junto a los arbustos donde habíamos estado esa noche sentí un escalofrío y me acordé de Alicia.

La luz brillante del sol bañaba la verde colina. Me protegí los ojos y observé una mariposa negra y dorada que revoloteaba hacia un macizo de geranios rojos y rosa.

Estuve caminando sin rumbo, buscando un teléfono. Por todas partes los chicos gritaban, reían, jugaban. Pero yo ya no los oía. Estaba sumida en mis propios pensamientos.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

La voz de mi hermano me sobresaltó y me detuve. Parpadeé varias veces para enfocar la vista. Me encontraba cerca de la pista de baloncesto. Elliot y Jeff estaban jugando el partido de uno contra

uno.

Jeff tenía la pelota, que resonaba al botar contra el suelo de cemento. Mi hermano movía las dos manos delante de la cara de su oponente, intentando coger la bola. Falló. Jeff bajó el hombro y apartó a Elliot del camino. Se acercó regateando a la canasta y encestó.

—¡Dos puntos! —exclamó sonriendo.

Elliot frunció el ceño y movió la cabeza.

—Me has hecho falta.

Jeff fingió no haber oído. Era un chicarrón, el doble de grande que Elliot. Podía haber arrastrado a mi hermano por toda la pista de haber querido.

¿Cómo se le había ocurrido a Elliot que tenía la oportunidad de ganar?

—¿Cómo vamos? —preguntó Jeff, enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Dieciocho a diez —contestó Elliot tristemente. No hacía falta ser muy listo para saber que mi hermano iba perdiendo.

La pista de baloncesto estaba rodeada por una alambrada. Me agarré a ella con las dos manos y acerqué la cara.

Elliot tenía la pelota y retrocedía y retrocedía para ganar espacio. Jeff le seguía, inclinado sobre él. Con una mano se ajustó los pantalones.

De pronto Elliot se lanzó hacia delante con los ojos fijos en la canasta. Dio un salto, levantó la mano derecha para tirar y Jeff le quitó la pelota.

Mi hermano no lanzó más que aire.

Jeff botó dos veces y tiró con las dos manos. El tanteo iba veinte a diez.

Unos instantes después Jeff ganaba el partido. Lanzó un grito de alegría y chocó los cinco con Elliot. Mi hermano frunció el ceño y movió la cabeza.

—Has tenido suerte —masculló.

—Ya, seguro —replicó Jeff, secándose el sudor de la cara con los faldones de su camiseta azul—. Oye, felicítame, tío. ¡Eres mi sexta víctima!

—¿Eh? —Elliot se lo quedó mirando. Estaba doblado, con las

manos en las rodillas, intentando recuperar el resuello—. ¿Quieres decir que...?

—Sí —sonrió Jeff—. Mi sexta Moneda Real. ¡Esta noche estaré en el Desfile de los Vencedores!

—Vaya, qué guay —dijo Elliot sin entusiasmo—. A mí todavía me quedan tres monedas.

De pronto tuve la sensación de que me observaban. Solté la alambrada y retrocedí un paso. Buddy me miraba desde el camino con los ojos entornados y un gesto sombrío en la boca.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Por qué parecía tan deprimido? Su expresión triste me dio escalofríos.

Cuando me volví hacia él, dio un paso adelante mirándome a los ojos.

—Lo siento, Wendy —me dijo suavemente—. Pero tienes que irte.

—¿Cómo dices? —Me lo quedé mirando con la boca abierta.

¿Qué decía? ¿Adónde tenía que ir? ¿Tenía que irme... como Dierdre y Alicia?

—Tienes que practicar algún deporte —me explicó Buddy con suavidad. Su expresión solemne no se inmutó—. No puedes andar mirando cómo juegan los demás. El rey Jellyjam nunca lo aprobaría.

«¡Me gustaría pisotear ese asqueroso emplasto! —pensé furiosa—. Qué nombre más imbécil. Rey Jellyjam. ¡Aj!»

Buddy me había dado un susto de muerte. ¿Es que intentaba asustarme?, me pregunté. «No —decidí rápidamente—. Buddy no sabe que estoy preocupada. ¿Cómo iba a saberlo?»

El monitor entró corriendo en la pista, le dio una palmada a Jeff en la espalda y le tendió una Moneda Real.

—¡Bien hecho, chaval! —exclamó, haciendo un gesto con el pulgar hacia arriba—. Te veré esta noche en el Desfile de los Vencedores. ¡Sólo los mejores!

Buddy dirigió unas palabras a mi hermano. Elliot se encogió de hombros varias veces y dijo algo que hizo reír al monitor. Yo no oía nada.

Cuando Elliot se marchó a practicar algún otro deporte, Buddy se me acercó rápidamente, me puso el brazo por los hombros y me alejó de la pista de baloncesto.

—Me parece que te falta empuje, Wendy.

—Supongo —repliqué. ¿Qué demonios significaba eso?

—Bueno, pues te voy a dar un horario para hoy. A ver si te gusta. Primero te he preparado un campeonato de tenis. Tú juegas a tenis, ¿no?

—Un poco. No soy muy buena, pero...

—Después del tenis ve al campo de *softball*, ¿vale? —prosiguió él

—. Te he puesto en uno de los equipos.

Me dedicó una fugaz sonrisa.

—Creo que te lo pasarás mucho mejor si participas, ¿no te parece?

—Sí, probablemente. —Querría haber mostrado más entusiasmo, pero me fue imposible.

Buddy me llevó a una de las pistas de tenis. Una chica afroamericana de mi edad se estaba calentando jugando al frontón. Cuando me acerqué, se volvió a saludarme.

—¿Qué tal?

—Bien —contesté, y nos presentamos.

Se llamaba Rose. Era alta y muy guapa. Llevaba una camiseta morada y pantalones cortos negros. Y un aro en la oreja.

Buddy me tendió una raqueta.

—Divertíos —dijo—. Y cuidado, Wendy. ¡Rose ya tiene cinco Monedas Reales!

—¿Eres buena jugando al tenis? —pregunté mientras le daba vueltas a la raqueta con la mano.

Rose asintió con la cabeza.

—Sí, muy buena. ¿Y tú?

—No lo sé —dije sinceramente—. Mi amiga y yo jugábamos sólo por diversión.

Rose se echó a reír. Tenía una risa profunda y gutural. Me gustó. Era una risa contagiosa.

—¡Yo nunca juego por diversión! —declaró.

Decía la verdad. Durante el precalentamiento, Rose se inclinaba, con el cuerpo tenso y los ojos entornados, y me devolvía la pelota como si estuviéramos jugando la final de un campeonato.

Cuando empezó el partido, jugó todavía con más intensidad. Rápidamente descubrí que no era rival para ella. ¡Con algo de suerte sólo lograba devolver sus servicios!

Rose era buena deportista. La sorprendí riéndose algunas veces

de mi revés a dos manos, pero no se burló de mi patético juego. Y la verdad es que me fue dando muy buenos consejos.

Me ganó un juego tras otro. Yo la felicité. Parecía muy emocionada ante la perspectiva de ganar su sexta Moneda Real.

Una monitora que yo no conocía apareció en la pista para darle la moneda a Rose.

—Nos vemos esta noche en el Desfile de los Vencedores —dijo con una sonrisa. Entonces se volvió hacia mí—. El campo de *softball* está en aquella dirección, Wendy —señaló.

Le di las gracias y eché a andar.

—¡No andes, corre! —gritó ella—. ¡Un poco de ánimo! ¡Sólo los mejores!

Lancé un gruñido, pero no creo que me oyera. Obedientemente, eché a correr. ¿Por qué todo el mundo me metía prisa para todo? ¿Por qué no podía ir a tomar el sol tranquilamente a la piscina?

Cuando apareció ante mis ojos el campo de *softball* me animé un poco. La verdad es que me gusta el *softball*. No se me da muy bien correr, pero soy muy buena bateadora.

Los equipos eran mixtos.

Reconocí a dos chicas que estaban esa mañana en mi mesa del desayuno. Una de ellas me lanzó un bate.

—Hola. Me llamo Ronni. Puedes entrar en nuestro equipo. ¿Sabes lanzar?

—Más o menos —contesté, cogiendo bien el bate—. A veces practico un poco después de clases.

Ella asintió con la cabeza.

—Vale. Lanza los primeros tantos, si quieres.

Ronni llamó a los demás y nos agrupamos. Luego nos colocamos y los que no tenían posiciones en el campo eligieron sus puestos.

—¿Si ganamos nos dan a todos Monedas Reales? —preguntó un chico con un tatuaje falso de un águila en el hombro.

—Sí —contestó Ronni.

Todos estallaron en vítores

—No cantéis victoria todavía. ¡Primero hay que ganar! —exclamó Ronni.

Entonces nos fue dando el orden de bateadores. Como yo era pitcher, me tocaba en noveno lugar. Pero ya que tenía el bate en la

mano, decidí practicar un poco. Me aparté de los otros, detrás de la línea de la tercera base.

Cogí bien el bate y lo blandí suavemente. Me gusta balancearlo muy arriba, pues como no tengo mucha fuerza, así consigo golpes más efectivos. El bate parecía bueno. Lo hice oscilar un poco más. Luego me lo eché al hombro y golpeé con todas mis fuerzas.

No vi que Buddy estaba ahí. El bate le dio en el pecho. Se estrelló contra sus costillas con un espantoso *craaak*.

Se me cayó el bate de las manos y retrocedí conmocionada, horrorizada.

# 21

La sonrisa de Buddy se desvaneció. Me miró entrecerrando los ojos y me señaló con el dedo.

—Me gusta cómo pegas —dijo—. Pero deberías buscarte un bate más ligero.

—¿Eh? —exclamé con la boca abierta. No podía ni moverme—. Buddy...

El cogió el bate del suelo.

—¿Te sientes cómoda con él? A ver, que te vea moverlo otra vez, Wendy.

Cogí el bate con manos temblorosas, sin apartar los ojos de Buddy. Esperaba que lanzara un grito, que se agarrara el pecho y cayera al suelo hecho un guiñapo.

—Algunos bates de aluminio son más ligeros —dijo, apartándose el pelo con una mano—. Venga, muévelo.

Me aparté unos pasos de él, todavía temblorosa. Quería asegurarme de que no le daba otra vez. Entonces eché atrás el bate y lancé el golpe.

—¿Qué tal? —preguntó.

—B-bien —balbucí.

Me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba y fue a hablar con Ronni.

«¡Madre mía! —pensé—. ¿Pero qué está pasando aquí?» Le había dado tal golpe en el pecho que tendría que haberle roto varias costillas, o al menos haberlo dejado sin aliento. ¡Pero él ni se había dado cuenta!

¿Qué estaba pasando?

En la cena se lo conté Jan e Ivy. Jan soltó una risita.

—Supongo que no bateas tan fuerte como te piensas.

—¡Pero hizo un ruido espantoso! ¡Como un montón de huevos rompiéndose o algo así! —exclamé—. Y él siguió hablando como si nada.

—Probablemente esperó hasta estar fuera de tu vista y luego se puso a chillar como un loco —dijo Ivy.

Solté una risa forzada con mis amigas, pero la verdad es que aquello no tenía mucha gracia. Era todo demasiado raro. Nadie recibe un golpe como ése sin quejarse.

Nuestro equipo había perdido por diez puntos. Pero después de aquel *craaaak*, ¿quién podía concentrarse en el juego?

Miré hacia la mesa de monitores, al otro lado del comedor. Buddy estaba sentado en un extremo, riéndose y hablando con Holly. Parecía encontrarse perfectamente. De todas formas, no dejé de mirarle en toda la comida. No hacía más que recordar el espantoso *craaaak* del bate golpeándole en el pecho. No me lo quitaba de la cabeza.

Seguía pensando en lo mismo cuando salimos en tropel después de cenar para el Desfile de los Vencedores. Era una noche ventosa. Las antorchas flameaban, a punto de apagarse. Los árboles se estremecían doblados y sus ramas parecían querer alcanzar el suelo.

Cuando sonó la marcha, los vencedores empezaron a desfilar. Rose me saludó al pasar. Jeff caminaba orgullosamente al final de la fila, con las monedas tintineando en torno al cuello.

Después de la ceremonia volví corriendo a mi habitación y me metí en la cama. La cabeza me iba a explotar y sólo quería dormir y olvidarme de todo.

Al día siguiente Rose y Jeff no bajaron a desayunar.

## 22

Me pasé toda la mañana buscándolos, a ellos y a mi hermano. Sabía que Elliot estaría empleándose a fondo en alguna competición, pero recorrí todo el campamento, desde el campo de fútbol hasta el campo de golf, y no lo vi por ninguna parte.

¿Habría desaparecido él también? Esa espantosa idea no se me iba de la cabeza.

«¡Tenemos que salir de aquí!», me repetía una y otra vez mientras recorría los caminos de tierra. El rey Jellyjam, aquel emplasto morado, me sonreía desde los carteles que había por todos sitios. Hasta su sonrisa dibujada me daba escalofríos.

Algo terrible pasaba en el campamento deportivo Rey Jellyjam. Y cuanto más caminaba, buscando siempre con la vista a mi hermano, más asustada estaba.

Buddy se me acercó después de comer y me llevó al campo de *softball*.

—No puedes abandonar a tu equipo, Wendy —me dijo severo—. Olvídate de lo que ocurrió ayer. Todavía tienes una oportunidad. Si ganas hoy, todos tendréis Monedas Reales.

Me importaban un pepino las monedas. Lo único que deseaba era ver a mis padres y a mi hermano. ¡Y salir de allí!

Ese día no fui *pitcher*. Jugué en la parte izquierda del campo, con lo que tuve tiempo de sobra para pensar.

Me dediqué a planear la fuga. «No será difícil —pensé—. Elliot y yo nos marcharemos furtivamente después de la cena, cuando todos estén viendo el Desfile de los Vencedores. Bajaremos la colina hasta

llegar a la carretera y luego iremos andando o en autostop hasta el pueblo más cercano donde haya una comisaría.»

Sabía que la policía encontraría fácilmente a nuestros padres. Era un plan muy sencillo, ¿no? Lo único que tenía que hacer era encontrar a Elliot.

Nuestro equipo perdió el partido por siete a nueve. Los otros estaban decepcionados, pero a mí me daba igual. Todavía no había ganado ni una Moneda Real.

Cuando íbamos hacia los dormitorios vi que Buddy me miraba con expresión inquieta.

—Wendy, ¿qué deporte te toca ahora? —me dijo.

Fingí no haberle oído y seguí caminando. «Ahora me toca correr —pensé sombría—. Salir corriendo de este espantoso sitio.»

Cuando pasaba frente al pabellón principal, la tierra empezó a temblar con un rumor. Esta vez no hice ni caso y seguí andando hacia los dormitorios.

No encontré a Elliot hasta después de la cena. Vi que se dirigía al comedor con dos amigos. Iban riéndose y hablando en voz muy alta y empujándose unos a otros a golpes de pecho.

—¡Elliot! —salí corriendo tras él—. ¡Eh, Elliot! ¡Espera!

Él se volvió.

—Ah, hola. ¿Qué tal?

—¿Se te ha olvidado que tienes una hermana? —pregunté.

El me miró con los ojos entornados.

—¿Cómo dices?

—¿Dónde te habías metido?

Una ancha sonrisa se dibujó en su cara.

—He estado ganando esto. —Levantó la cadena que llevaba al cuello para enseñarme las Monedas Reales—. Ya tengo cinco.

—Increíble —dije sarcástica—. Oye, Elliot, tenemos que salir de aquí.

—¿Eh? ¿Marcharnos? —Hizo una mueca de desconcierto.

—Sí —insistí—. ¡Tenemos que huir del campamento esta misma noche!

—No puedo. ¡Ni hablar!

Los chicos pasaban a empujones junto a nosotros, de camino al Desfile de los Vencedores. Seguí a Elliot por las puertas del comedor y lo llevé a un lado, sobre la hierba del costado del edificio.

—¿Por qué no puedes marcharte? —pregunté.

—No me iré hasta que gane la sexta moneda —dijo, sacudiéndome el collar en las narices.

—¡Elliot, este sitio es peligroso! —exclamé—. Y mamá y papá deben de estar...

—Lo que pasa es que tienes envidia —me interrumpió, tintineando de nuevo las monedas—. Tú no has ganado ni una, ¿a que no?

Apreté los puños. Tenía ganas de estrangularlo. Estaba tan obsesionado con la competición... Siempre se esforzaba por ganar en todo.

Respiré hondo e intenté hablar con calma.

—Elliot, ¿no estás preocupado por papá y por mamá?

Mi hermano bajó la vista un momento.

—Un poco.

—Bueno, pues tenemos que salir de aquí y buscarlos.

—Mañana —dijo él—. Después de la carrera, mañana por la mañana. Cuando gane mi sexta moneda.

Abrí la boca para protestar, pero era inútil. Sabía lo terco que llega a ser mi hermano. Si quería ganar la sexta moneda, no se marcharía hasta conseguirlo. No podía discutir con él ni tampoco llevármelo a rastras.

—Justo después de las pruebas —le dije—, nos largamos. Ganes o pierdas, ¿de acuerdo?

Elliot lo pensó un momento.

—Vale —accedió por fin. Entonces echó a correr en pos de sus amigos.

Cuatro chicos marchaban en el Desfile de los Vencedores. Yo, mientras los veía pasar, pensaba en otros que habían desfilado antes. Dierdre, Rose, Jeff...

¿Se habrían ido a sus casas? ¿Los habrían venido a buscar sus padres? ¿Estarían ahora con su familia, sanos y salvos? «Tal vez me estoy asustando sin razón —me dije—. Al parecer, todos se lo pasan

de maravilla. ¿Por qué soy la única que se preocupa?»

Entonces recordé que no había sido la única y me vino a la memoria el rostro de Alicia, cubierto de lágrimas. ¿Qué habría visto para asustarse tanto? ¿Por qué nos advirtió de forma tan desesperada que teníamos que marcharnos? «Probablemente nunca lo sabré», me dije.

Cuando terminó la ceremonia del Desfile de los Vencedores, yo no tenía ganas de volver a los dormitorios. Sabía que no iba a pegar ojo. Demasiadas preocupaciones me rondaban la cabeza.

Mientras los otros chicos iban a sus habitaciones yo me sumergí en las sombras. Luego recorrí a escondidas el camino de la colina que llevaba al pabellón principal.

Me escondí tras un ancho matorral y me dejé caer en la hierba. Era una noche fresca y nublada, de ambiente cargado y húmedo. Miré el cielo. Las nubes ocultaban las estrellas y la Luna. Muy a lo lejos se veían unas lucecitas rojas que se movían muy despacio en la oscuridad. Un avión. Me pregunté adónde se dirigía.

Los grillos empezaron a cantar. El viento me agitaba el pelo. Seguí mirando el cielo, intentando calmarme. Al cabo de unos minutos oí voces. Y pasos. Me acurruqué detrás del matorral.

Las voces eran cada vez más fuertes. Una chica se rió.

Me asomé con mucho cuidado entre las hojas y vi a dos monitores que avanzaban rápidamente por el camino que subía la pendiente. Detrás de ellos venía otro grupo de monitores. Caminaban como si tuvieran mucha prisa.

Me agaché más en mi escondite, oculta en la oscuridad. «Se dirigen al pabellón —pensé—. Debe de haber alguna reunión de monitores.»

Sus pantalones y camisetas blancos se veían perfectamente incluso en una noche tan oscura. Observé que subían por el camino sin que me vieran. Pero para mi sorpresa, no fueron al pabellón. A varios metros de la entrada se salieron del camino para meterse en el bosque.

¿Adónde iban?

Vi otros dos grupos de monitores internarse entre los árboles. «Debe de haber más de cien monitores en el campamento —me dije—. Y esta noche van todos al bosque.»

Esperé hasta que pasó el último de ellos y luego me levanté con cautela. Escudriñé el bosque, pero sólo se veía oscuridad, sombras sobre sombras.

Volví a agacharme al oír más voces. Asomada entre las ramas vi a Holly y Buddy. Caminaban a grandes zancadas. Esperé a que pasaran. Luego me levanté de un salto y, oculta entre las sombras, me puse a seguirlos.

No me paré a pensar qué me pasaría si me sorprendían. Tenía que saber adónde iban los monitores. Buddy y Holly caminaban muy deprisa entre los árboles, apartando de su camino las altas hierbas y pasando por encima de troncos caídos.

Me sorprendí al ver aparecer un edificio bajo y blanco que parecía brillar bajo la tenue luz. Tenía la cubierta curva, como la de un iglú.

«¿Qué será ese extraño edificio? —pensé—. ¿Por qué está escondido entre los árboles?»

En un lado había una oscura abertura. Holly se agachó para entrar por ella. Buddy la siguió. Estuve esperando casi un minuto, luego me acerqué.

El corazón me palpitaba con fuerza. Era un edificio muy raro, redondo y liso como una superficie de hielo. Vacilé un momento. Me asomé por la abertura, pero no se veía nada. No se oía ninguna voz.

«¿Qué hago? —me dije—. ¿Entro?»

Sí.

Respiré hondo y me agaché para pasar.

# 23

Tres escalones conducían a una lúgubre entrada.

La única iluminación provenía de una luz roja cerca del suelo. Entré en esa estancia de atmósfera rojiza y me detuve a escuchar. De la sala contigua salían unas voces. Me acerqué hacia ellas despacio, pasando la mano por la desnuda pared de cemento. A mi derecha encontré un umbral y me detuve. Entonces me asomé con cuidado.

Era una gran sala cuadrada. Cuatro antorchas proyectaban una oscilante luz anaranjada. Los monitores estaban sentados en largos bancos de madera, de cara a un escenario bajo sobre el que colgaba un estandarte malva que proclamaba: SÓLO LOS MEJORES.

Me di cuenta de que era un pequeño teatro, una especie de sala de actos. ¿Pero por qué estaba escondido en el bosque? ¿Y por qué se habían reunido esa noche los monitores?

No tuve que esperar mucho para saber las respuestas. Buddy salió al escenario y se colocó rápidamente bajo el haz de luz anaranjada. Luego se volvió para mirar de frente a la audiencia.

Yo entré en la sala furtivamente. Al fondo no había antorchas y la oscuridad era total. Fui avanzando a lo largo de la pared trasera. Encontré una especie de armario abierto y me metí en él.

Buddy levantó las manos y al instante los monitores dejaron de hablar, se incorporaron en las sillas y lo miraron.

—Es hora de refrescarnos —dijo Buddy. Su voz resonó en las paredes.

Se sacó una moneda del bolsillo. «Una Moneda Real», pensé.

Colgaba de una larga cadena de oro.

—Es hora de refrescar nuestras mentes —prosiguió Buddy—. Hora de refrescar nuestra misión.

Alzó la moneda dorada, que resplandecía bajo la luz, y comenzó a hacerla oscilar. Adelante y atrás.

—Dejad la mente en blanco —ordenó con voz muy suave—. Dejad la mente en blanco, como yo he dejado la mía.

La brillante moneda oscilaba muy despacio adelante y atrás, adelante y atrás.

—En blanco... en blanco... —repetía Buddy.

¡Buddy estaba hipnotizando a todos los monitores! ¡Y él también estaba hipnotizado!

—¡Dejad la mente en blanco para servir al amo! —dijo Buddy—. Porque para eso estamos aquí. ¡Para servir al amo en su gloria!

«¿Quién es el amo? —me pregunté—. ¿De qué está hablando?»

Buddy siguió entonando eslóganes a los monitores. Tenía los ojos muy abiertos y no pestañeaba.

—¡Nosotros no pensamos! —gritó—. ¡No sentimos! ¡Nosotros nos entregamos para servir al amo!

Entonces obtuve respuesta a alguna de mis preguntas. Ahora sabía por qué Buddy no gritó ni se cayó al suelo después de haberle dado con el bate en el pecho. Estaba hipnotizado. Se encontraba en una especie de trance. Sencillamente, no sintió el golpe.

—¡Sólo los mejores! —exclamó, alzando los puños en el aire.

—¡Sólo los mejores! —repetieron los monitores. Sus rostros de miradas fijas parecían extraños, congelados bajo la oscilante luz anaranjada.

—¡Sólo los mejores! ¡Sólo los mejores!

Todos entonaban el lema una y otra vez. Sus voces resonaban en las paredes. Sólo se movían sus bocas, como si fueran marionetas.

—¡Sólo los mejores pueden servir al amo! —gritó Buddy.

—¡Sólo los mejores! —dijeron los monitores.

Durante toda la sesión Buddy había estado haciendo oscilar la moneda ante su cara. Ahora se la volvió a meter en el bolsillo.

La habitación quedó en silencio. Era un silencio pesado, espectral.

Entonces estornudé.

# 24

Me tapé la boca con la mano.

Demasiado tarde. Estornudé otra vez. Buddy, de la sorpresa, se quedó con la boca abierta. Entonces alzó un dedo en el aire y me señaló.

Varios monitores se levantaron de un salto y se dieron la vuelta. Yo me dirigí hacia la puerta. ¿Podría escapar antes de que alguno me atrapara?

No.

No había forma de llegar hasta allí. Me temblaban las piernas. De todas formas intenté moverme, con la espalda contra la pared.

¿Por qué había entrado en aquella habitación? ¿Por qué no me había quedado en la puerta, que era más seguro?

—¿Quién está ahí? —oí que decía Buddy—. Está muy oscuro. ¿Quién es?

«Bien —pensé—. No sabe que soy yo.» Pero en cuestión de segundos me cogerían y me llevarían a la luz.

Retrocedí un paso más, y otro. La oscuridad me envolvió. Di media vuelta.

—¡Aah! —grité al ver que había estado a punto de caer por unas empinadas escaleras.

Así que aquello no era un armario. Unos altos escalones de piedra negra llevaban hacia abajo. ¿Adónde conducirían? Ni idea; pero tampoco tenía elección. La escalera era mi única vía de escape.

Estuve a punto de tropezar y bajar de cabeza, pero conseguí agarrarme a la pared y recuperar el equilibrio.

Las escaleras bajaban y bajaban. El aire era cada vez más caliente y olía a rancio. Contuve el aliento. Aquello apestaba a leche podrida. De las profundidades subía un extraño y profundo gemido.

Me detuve a recuperar la respiración y me quedé escuchando. El gemido volvió a subir por las escaleras y una ráfaga de aire fétido me llegó a la nariz.

Me di la vuelta. ¿Me seguían? ¿Me habrían visto los monitores escapar por la puerta abierta? No, estaba demasiado oscuro. No se oía a nadie en las escaleras. No me seguían.

¿Qué había allí abajo que olía tan mal? Hubiera querido detenerme allí, no tenía ningunas ganas de seguir bajando. Pero no me quedaba otro remedio. Sabía que arriba me estarían buscando.

Con la mano apoyada en la pared, seguí adelante. Las escaleras daban a un largo y estrecho túnel. Al fondo se veía una pálida luz. Otro gemido resonó a lo lejos y el suelo se estremeció.

Respiré hondo y atravesé rápidamente el túnel. El aire era cada vez más caliente y húmedo y mis pies chapoteaban en los charcos del suelo. «¿Adónde conducirá esto? —me pregunté—. ¿Llegaré a alguna salida?»

Al acercarme al final del túnel me llegó una vaharada de aire hediondo que me dio náuseas. Tosí e intenté calmar mi estómago revuelto. ¡Era un olor asqueroso! Como de carne y huevos podridos. «Piensa en otra cosa. Piensa en flores frescas, en dulces perfumes.»

No sé cómo conseguí controlar mi estómago. Me tapé la nariz con los dedos y llegué a trompicones al final del túnel. Me detuve ante una enorme cámara muy iluminada.

¡Y allí me quedé mirando la cosa más fea y espantosa que había visto en toda mi vida!

# 25

Parpadeando bajo la brillante luz, vi docenas de chicos con fregonas, cubos y mangueras.

Al principio pensé que estaban limpiando un gigantesco globo morado, más grande que cualquier globo del desfile del día de Acción de Gracias. Pero cuando el agua le caía encima y las fregonas le enjabonaban los costados, el globo soltaba graves gruñidos.

Entonces me di cuenta de que no era un globo. Era una criatura viva. Era un monstruo:

Se trataba del rey Jellyjam.

No era una mascotita encantadora, sino una asquerosa montaña morada de cieno, más grande que una casa. Llevaba una corona dorada. En su cabeza se movían dos gigantes y húmedos ojos amarillos.

La criatura chasqueó sus labios morados y gruñó de nuevo. De su nariz, descomunal y peluda, brotaban enormes mocos blancos. El olor nauseabundo emanaba de su cuerpo. Ni tapándome la nariz podía evitar notarlo. Olía a pescado podrido, basura, leche agria y goma quemada... ¡todo junto!

La corona dorada rebotaba en lo más alto de su viscosa y húmeda cabeza. Su barriga morada se movió como si dentro de él hubiera roto una ola de mar y la criatura lanzó un pútrido eructo que estremeció las paredes.

Los niños trabajaban febrilmente en torno al horrible monstruo. Lo regaban con mangueras, le frotaban el cuerpo con fregonas,

esponjas y cepillos. Y mientras trabajaban, llovían sobre ellos pequeños objetos redondos. *Clik, clik, clik*. Aquellas cosas caían rebotando al suelo.

¡Serpientes! Eran serpientes que surgían de la piel del rey Jellyjam. Sentí náuseas otra vez. ¡Aquella espantosa criatura sudaba serpientes!

Retrocedí a trompicones por el túnel tapándome la boca con las manos. ¿Cómo podían soportar esos niños el horrible hedor? ¿Por qué lavaban a la criatura? ¿Por qué trabajaban tanto?

Al reconocer a algunos me quedé con la boca abierta.

¡Alicia! Llevaba una manguera con las dos manos y rociaba con ella la enorme y temblorosa barriga del rey Jellyjam. Lloraba y sollozaba, y tenía el pelo rojizo empapado y pegado a la frente.

También vi a Jeff. Estaba frotando con una fregona el costado del monstruo. Abrí la boca para llamarles, pero la voz no salió de mi garganta y no emití ningún sonido.

En ese momento vi que alguien se me acercaba corriendo, tambaleándose, a trompicones. Salió de la luz y se internó en el oscuro túnel.

—¡Dierdre! —logré exclamar.

—¡Sal de aquí! —gritó ella—. ¡Corre, Wendy!

—Pero... pero... ¿Qué está pasando? ¿Por qué hacéis esto?

Dierdre sollozó.

—¡Sólo los mejores! —dijo en un susurro—. ¡Sólo los mejores serán los esclavos del rey Jellyjam!

—¿Eh? —Me la quedé mirando con la boca abierta. Ella temblaba y se estremecía, empapada de agua fría.

—¿No lo entiendes? Todos éstos son vencedores. Todos tienen seis monedas. Él sólo quiere a los más fuertes, los mejores trabajadores.

—¿Pero por qué? —pregunté.

Las serpientes brotaban de la piel de la criatura y caían con un chasquido en el suelo. Una oleada de hedor nos invadió cuando otro fuerte eructo escapó de los abultados labios del rey.

—¿Por qué lo laváis?

—H-hay que lavarlo todo el tiempo —exclamó Dierdre con un sollozo—. Tiene que estar siempre mojado. Y no puede soportar su

propio olor, así que trae aquí abajo a los chicos más fuertes y nos obliga a lavarlo día y noche.

—Pero, Dierdre... —comencé.

—Si dejamos de lavarlo —prosiguió ella—, si intentamos descansar, él... ¡él se nos come! —Todo su cuerpo se estremeció—. ¡Hoy se ha comido a tres niños!

—¡No! —grité horrorizada.

—¡Es asqueroso! —gimió Dierdre—. Esas horribles serpientes que le salen del cuerpo... y el olor a podrido.

Me cogió del brazo. Tenía la mano mojada y fría.

—Los monitores están todos hipnotizados —susurró—. El rey Jellyjam tiene un control total sobre ellos.

—Ya... ya lo sé.

—¡Sal de aquí! ¡Deprisa! —me suplicó Dierdre, apretándome el brazo—. Consigue ayuda, Wendy. Por favor...

Un furioso rugido nos hizo dar un brinco.

—¡Oh, no! —gimió Dierdre—. ¡Nos ha visto! ¡Es demasiado tarde!

# 26

El monstruo lanzó otro rugido.

Dierdre me soltó el brazo y las dos nos volvimos hacia él, temblando de miedo. La criatura bramaba a voz en grito sólo para aterrorizar a todo el mundo. Sus húmedos ojos amarillos estaban cerrados. No nos había visto... todavía.

—¡Consigue ayuda! —me susuró Dierdre. Luego volvió corriendo con su esponja al lado del rey Jellyjam.

Yo me quedé paralizada un momento, petrificada de horror. Otro estremecedor eructo me sacó de mi ensimismamiento. Salí corriendo por el túnel. ¡Por lo menos ya sabía por qué el terreno del campamento temblaba tan a menudo!

El hedor me siguió por todo el túnel y por las escaleras de piedra. Me pregunté si volvería a librarme de él, si podría respirar de nuevo libremente.

«¿Cómo puedo ayudar a esos niños? —me dije—. ¿Qué debo hacer?» Tenía tanto miedo que no conseguía poner mis pensamientos en orden. Mientras corría en la penumbra me imaginaba al rey Jellyjam haciendo chasquear sus asquerosos labios morados, lo veía mover sus ojos amarillos, recordaba las feas serpientes surgir de su piel.

Al llegar a lo alto de las escaleras estaba mareada. Pero sabía que no tenía tiempo de preocuparme por mí. Tenía que salvar a esos niños, obligados a ser esclavos del monstruo. Y a los demás chicos del campamento, antes de que ellos se convirtieran también en siervos de la criatura.

Asomé la cabeza por la puerta del armario. Las cuatro antorchas seguían ardiendo en la parte delantera del pequeño teatro, pero la sala estaba desierta.

¿Dónde estaban los monitores? Probablemente buscándome. «¿Adónde puedo ir? —me pregunté—. No puedo pasarme la noche en este armario. Necesito respirar aire fresco. Tengo que buscar un sitio donde pensar.»

Salí con cautela de aquel iglú y me interné en la noche sin estrellas. Me escondí tras un árbol y escudriñé el bosque. Entre los árboles y en el suelo se distinguían los estrechos rayos de luz de las linternas.

«Sí —me dije—. Los monitores me están buscando.»

Retrocedí, alejándome de la red de luces. Avancé en silencio entre los árboles y los matorrales, hacia el camino que llevaba al pabellón.

«¿Y si llego a los dormitorios y aviso a todo el mundo? —me pregunté—. ¿Me creará alguien? ¿Habrá monitores de guardia en el edificio? ¿Estarán esperando a que yo aparezca?»

De pronto oí voces en el camino. Me agaché detrás de un árbol y dejé que pasaran dos monitores. Sus linternas arrojaban grandes círculos de luz.

En cuanto desaparecieron de la vista eché a correr colina abajo, siempre entre las sombras. Pasé junto a la piscina y las pistas de tenis. Todo estaba oscuro y silencioso.

Me di cuenta de que los altos matorrales que había junto al camino me ocultarían por completo. Me agaché detrás de uno de ellos, jadeando, y me metí dentro de él gateando. Allí me acomodé, sobre las agujas de pino y me asomé. Sólo se veía oscuridad.

Respiré hondo varias veces. El aire olía muy bien... «Tengo que pensar —me dije—. Tengo que pensar.»

Unos gritos me despertaron sobresaltada. ¿Cuánto tiempo llevaba dormida? ¿Dónde estaba? Me incorporé parpadeando y me estiré. Tenía todo el cuerpo rígido y dolorido.

Miré a mi alrededor y descubrí que seguía escondida dentro del matorral. Era una mañana gris y nublada, pero el sol intentaba atravesar las altas nubes.

¿Y las voces? ¿Eran vítores? Me levanté a mirar entre las hojas. ¡La carrera! Acababa de empezar. Vi a seis chicos con pantalones cortos y camisetas que corrían por la pista. Una multitud de niños y monitores les animaba.

¿Quién iba en cabeza? ¡Elliot!

—¡No! —grité, con la voz todavía ronca del sueño.

Salí del matorral y me acerqué a la pista de carreras. Sabía que tenía que detener a Elliot. Tenía que impedir que ganara. No podía permitir que consiguiera su sexta moneda. ¡Si vencía también se convertiría en esclavo!

Mi hermano corría muy deprisa, muy por delante de sus cinco competidores. «¿Qué hago? ¿Qué?» Llena de pánico, recordé nuestra señal. Mi silbido, la señal para que Elliot se calmara. «Cuando oiga el silbido aminorará la velocidad», me dije.

Me llevé dos dedos a la boca y silbé. Pero tenía la boca tan seca que no salió ningún sonido. El corazón me palpitaba con fuerza.

Lo intenté otra vez. Nada, no había forma.

Elliot comenzó la última vuelta. Ya no había forma de impedir que ganara.

# 27

No había forma de detenerle... ¡A menos que corriera más que él!

Con un grito desesperado me lancé hacia la pista. Mis pasos resonaban en la hierba. Corría sin apartar los ojos de Elliot y la línea de meta. Más deprisa. Más deprisa.

«¡Ojalá pudiera volar!» Elliot se acercaba a la meta. La multitud estalló en vítores. ¡Los otros competidores iban kilómetros detrás de él!

Mis zapatos resonaron en la pista de asfalto. Tenía el pecho a punto de explotar. Me dolían los pulmones y emitía un silbido al respirar.

Más deprisa. Más deprisa.

Oí gritos de sorpresa. Estaba justo detrás de Elliot. Extendí los brazos y lo cogí por detrás.

Los dos caímos hechos un ovillo, rodando por la pista hasta llegar a la hierba. Los otros chicos pasaron corriendo hacia la línea de meta.

—¡Wendy, idiota! —gritó Elliot, levantándose de un salto.

—¡N-no puedo explicártelo ahora! —exclamé yo, intentando recuperar el resuello y esforzándome por aguantar el dolor del pecho.

Me puse en pie y tiré de Elliot. Él intentó soltarse, furioso.

—¿Por qué has hecho eso, Wendy? ¿Por qué?

Vi que los monitores venían corriendo.

—¡Deprisa! —le dije a mi hermano, tirando de él—. ¡Corre!

Creo que se percató del terror que había en mis ojos, que se dio cuenta de que cogerle en plena carrera había sido un acto desesperado, que advirtió que aquello iba en serio.

Elliot dejó de protestar y echó a correr. Yo iba delante, colina arriba, en dirección al pabellón. Me metí en el bosque.

—¿Adónde vamos? —preguntó sin aliento—. Dime qué está pasando.

—¡Lo verás ahora mismo! —contesté—. ¡Prepárate para oler realmente mal!

—¿Eh? Wendy... ¿Te has vuelto loca?

No respondí. Seguí corriendo por el bosque, en dirección al edificio en forma de iglú.

Al llegar a la puerta me volví para ver si nos seguían, pero no vi a nadie. Elliot entró detrás de mí en el pequeño teatro. Las antorchas estaban apagadas y el interior estaba totalmente a oscuras.

Tanteando la pared encontré la puerta del armario, la abrí y empecé a bajar por las escaleras. A medio camino nos salió al encuentro el hedor. Elliot lanzó una exclamación y se tapó con las manos la nariz y la boca.

—¡Qué asco! —dijo con un grito apagado.

—Luego es peor —le avisé—. Intenta no pensar en ello.

Corrimos el uno al lado del otro por el largo túnel. Me hubiera gustado tener tiempo de advertirle, de decirle lo que iba a ver. Pero estaba desesperada por salvar a Dierdre, Alicia y los demás.

Jadeando por el mal olor, irrumpí en la iluminada cámara del rey Jellyjam. El agua de una docena de mangueras se estrellaba contra el cuerpo morado del monstruo. Los niños le frotaban afanosamente mientras él gruñía y suspiraba.

Vi la expresión de horror de mi hermano, pero en ese momento no podía preocuparme por él.

—¡Al suelo! —chillé a pleno pulmón, haciéndome bocina con las manos—. ¡Todo el mundo al suelo!

Tenía un plan.

¿Daría resultado?

# 28

Los acuosos ojos amarillos del sorprendido monstruo se abrieron de par en par. Los hinchados labios se separaron. Vi dos lenguas rosadas que se retorcían dentro de su boca.

Algunos niños soltaron las mangueras y las fregonas y se tiraron al suelo. Otros se volvieron a mirarme.

—¡Dejad de lavarlo! —grité—. ¡Soltad las mangueras y los cepillos! ¡Dejad de trabajar y tiraos al suelo!

Oía las arcadas de Elliot, a mi lado. Vi que intentaba sobreponerse al hedor.

El rey Jellyjam lanzó un furioso rugido cuando el resto de los niños siguió mis instrucciones. Un moco espeso y blanco le goteaba de la nariz. Sus dos lenguas asomaron entre sus labios morados.

—¡Al suelo! —grité a los chicos—. ¡Tumbaos!

Entonces el monstruo levantó un gordo brazo morado y con un asqueroso gruñido se inclinó. Todo su cuerpo viscoso se agitó.

¡Estaba intentando coger a Alicia!

—¡Socorro! ¡Me va a devorar! —chilló la niña, intentando levantarse.

—¡No! —grité—. ¡Quédate en el suelo! ¡Tumbada!

Alicia se tumbó con un grito de terror. El rey Jellyjam bajó su manaza y la movió encima de ella, intentando coger a la pequeña. Lo intentó una y otra vez.

¡Pero yo tenía razón! Había imaginado que los dedos del monstruo eran demasiado gordos y torpes para coger a nadie que estuviera tumbado en el suelo.

El rey Jellyjam ladeó la cabeza y lanzó un rugido de disgusto. Yo me tapé la nariz al notar que se intensificaba el mal olor. Las serpientes seguían brotando de la piel del monstruo, rodaban por su cuerpo viscoso y caían con un chasquido al suelo.

La criatura agitó los brazos. Volvió a inclinarse e intentó coger a otros niños. Pero ellos se apretaban contra el suelo. El rey Jellyjam volvió a rugir, esta vez más débilmente. Sus ojos giraban como locos en su enorme cabeza.

El olor daba vueltas en torno a mí, me envolvía. El rey Jellyjam intentó coger una manguera, pero no pudo. Entonces metió de golpe la mano en un cubo e intentó frenéticamente echarse agua encima.

Yo lo contemplaba todo temblando. Mi plan estaba dando resultado. ¡Lo sabía! ¡Sabía que funcionaría!

El hedor era cada vez más fuerte. Casi se notaba en la boca, en la piel.

El monstruo agitó los brazos, luchando como un loco por mojarse. Sus rugidos se convirtieron en gemidos. Su cuerpo comenzó a temblar.

Entonces me miró con los ojos entornados. Levantó un hinchado dedo morado y me señaló. ¡Me estaba acusando!

Se inclinó hacia delante, tendió el brazo e hizo un barrido con su manaza. Yo estaba tan atónita que no podía ni moverme. Me estremecí. Su mano se deslizó sobre mí y antes de que yo pudiera debatirme, apretó sus viscosos y apestosos dedos en torno a mi cuerpo.

# 29

—¡Aaah! —gemí horrorizada.

Los dedos gordos y mojados me apretaron más. Unas vaharadas de hedor se alzaron a mi alrededor. Contuve el aliento, pero la pestilencia estaba en todas partes. La mano me apretaba cada vez más. El monstruo empezó a levantarme del suelo hacia su boca abierta. Las dos lenguas se retorcían y relamían.

De pronto las lenguas cayeron yertas sobre los labios morados, los dedos aflojaron la presa y yo quedé libre. El rey Jellyjam cayó de bruces con un gruñido. Los niños se apartaron rápidamente. La corona salió rebotando y el cuerpo del monstruo se estampó contra el suelo con un fuerte splat.

—¡Sí! —exclamé encantada. Todavía estaba temblando, intentando olvidar la sensación pegajosa de sus dedos en mi piel—. ¡Sí!

Mi plan había salido a la perfección. ¡Cuando los niños dejaron de lavar al rey Jellyjam, el monstruo había caído asfixiado por su propia peste!

—¿Estás bien? —me preguntó Elliot con voz trémula.

—Sí, creo que sí.

Mi hermano tenía tapada la nariz.

—¡Nunca volveré a quejarme de los abonos que usa papá en el jardín! —declaró.

Los otros niños, entre gritos y vítores, se pusieron en pie.

—¡Gracias! —exclamó Alicia, dándome un abrazo. Los otros también se acercaron corriendo a felicitarme.

Luego todos fuimos hacia el teatrillo, entre abrazos y lágrimas, y por fin salimos al bosque.

—¡Nos largamos de aquí! —le dije a Elliot contentísima.

Pero nos detuvimos al borde del bosque al ver a los monitores. Estaban todos allí, docenas de ellos, codo a codo con sus pantalones y camisetas blancos. Habían formado una línea a lo largo del camino. En sus duras expresiones vi que no habían venido para despedirnos precisamente.

De pronto Buddy dio un paso al frente e hizo una señal:

—¡Que no escapen! —gritó.

# 30

Los monitores avanzaron en línea, con expresiones duras y amenazadoras y los brazos caídos a los costados. Se movían muy tiesos, como robots. Como en trance.

Dieron dos pasos más y entonces un agudo silbido hendió el silencio.

—¡Alto ahí! ¡Todo el mundo quieto! —bramó una voz de hombre.

Oí otro fuerte silbido. Al darme la vuelta vi a varios policías de uniforme que subían corriendo por la colina. Los monitores movieron la cabeza, parpadeando y lanzando exclamaciones. No hicieron ademán de escapar.

—¿Dónde estamos? —masculló Holly.

—¿Qué está pasando? —preguntó otro.

Todos parecían atontados y confusos. Por lo visto, los silbatos de la policía habían roto el trance en el que se encontraban.

Los demás niños y yo estallamos en vítores mientras los policías corrían por la colina.

—¿Cómo han sabido que necesitábamos ayuda? —pregunté.

—No lo sabíamos —contestó uno—. Un olor espantoso ha invadido el pueblo. Queríamos averiguar la causa y hemos llegado hasta aquí.

Me eché a reír. El mismo hedor que había matado al monstruo nos había salvado a nosotros.

—No sabíamos que hubiera problemas en este campamento —dijo un oficial—. Nos pondremos en contacto con vuestros padres

en cuanto sea posible.

Elliot y yo fuimos los primeros en bajar la colina. Estábamos deseando ver a nuestros padres. Los monitores mascullaban entre dientes, mirando a su alrededor e intentando averiguar qué había pasado.

Cuando Elliot y yo pasamos junto a Buddy, me volví hacia él.

—¿Te sientes mejor? —pregunté.

El me miró con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, como si no consiguiera fijar la vista.

—Sólo los mejores —murmuró—. Sólo los mejores.

¡Elliot y yo nunca nos habíamos alegrado tanto de volver a casa!

—¿Por qué tardasteis tanto en encontrarnos? —preguntó Elliot.

Mis padres movieron la cabeza.

—La policía os estuvo buscando por todas partes —contestó papá—. Llamaron varias veces al campamento, pero el monitor que contestaba el teléfono decía que allí no os habían visto.

—Estábamos muy preocupados —dijo mi madre mordiendo el labio—. Muy preocupados. ¡Y cuando encontramos la caravana vacía no supimos qué pensar!

—Bueno, pues ya estamos en casa, sanos y salvos —sonreí.

—A lo mejor os gustaría ir a un campamento auténtico el verano que viene —apuntó mi padre.

—¿Cómo? ¡Ni hablar! —exclamamos al unísono Elliot y yo.

Dos semanas más tarde tuvimos una visita sorpresa.

Al abrir la puerta me encontré a Buddy en el umbral, muy repeinado. Llevaba unos pantalones de algodón, una camisa de rayas azules y blancas y una corbata azul oscuro.

—Siento mucho lo que pasó en el campamento —dijo.

Yo estaba tan sorprendida que no pude ni contestar. Me quedé allí, con la mano en la puerta, mirándole con la boca abierta.

—¿Está Elliot? —preguntó él.

—Hola. —Elliot se puso a mi lado—. ¡Buddy! ¿Qué tal?

—Te he traído esto. —Buddy se sacó del bolsillo una moneda dorada—. Es una Moneda Real. La ganaste, ¿recuerdas? Tú venciste en la carrera.

Elliot tendió la mano para cogerla, pero se detuvo con el brazo en el aire.

Yo sabía lo que estaba pensando. Aquélla sería su sexta Moneda Real. ¿Debería cogerla? Por fin lo hizo.

—Gracias, Buddy.

El monitor se despidió de nosotros. Elliot y yo le vimos entrar en un coche y desaparecer. Luego cerramos la puerta.

—¿Estás seguro de que has hecho bien en cogerla? —pregunté.

—¿Por qué no? —contestó mi hermano—. El monstruo morado está muerto, ¿no? ¿Qué me puede pasar?

Cinco minutos después los dos percibimos el espantoso olor al mismo tiempo.

—¡Aj! —gruñó Elliot, tragando saliva—. Wendy, ¿q-qué es ese olor? —balbució.

—N-no lo sé —dije yo con voz temblorosa.

Entonces oí la risa de mi madre. Al volvernos la vimos en la puerta de la cocina.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¡Tengo una cazuela de coles de Bruselas en el fuego!



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.